

CRISTIANDAD

Año XXVII - NUMERO 477

BARCELONA

NOVIEMBRE 1970

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

**SANTA CATALINA DE SENA
DOCTOR DE LA IGLESIA**
Alocución de Paulo VI

EN EL AÑO 1970

María A. López Suñe

Frag. de "CARTAS" Y "DIALOGO"
de Sta. Catalina de Sena

**LA REALEZA DE CRISTO, FRUTO
SOCIAL DE LA DEVOCION AL
CORAZON DE JESUS**

José Ricart, Pbro.

"LA CRIBA"

de Antonio Pacios, M. S. C.

**LA VOZ DE LOS SANTOS PADRES
EN ALERTA SIEMPRE CONTRA EL
ADVERSARIO**

Roberto Cayuela, S. I.

**SAN ANTONIO M.^a CLARET
LA ESPERANZA ECUMENICA DE
LA IGLESIA**

Juan Manuel de Igartúa

CON MUCHISIMO DOLOR...

Luis Creus Vidal

**LOS "SAPOS", LA EPOPEYA Y LA
OPERETA.**

Plinio Correa de Oliveira

LAS BUENAS AMISTADES

Severino del Páramo, S. I.

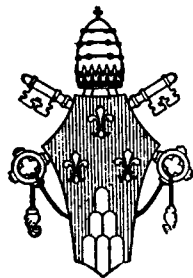
ADMINISTRACIÓN: Princesa, 21-(3)

Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

SANTA CATALINA DE SENA, DOCTOR DE LA IGLESIA

DISCURSO DE S. S. PAULO VI DESPUES DE LA PROCLAMACION



La espiritual alegría que ha invadido nuestro ánimo al proclamar Doctor de la Iglesia a la humilde y sabia virgen dominica Catalina de Sena encuentra su motivación más elevada, y diremos también su justificación en el gozo purísimo experimentado por el Señor Jesús, cuando, como narra el evangelista S. Lucas "se estremece de gozo en el Espíritu Santo" y dice: "Yo te glorifico, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los sencillos. Sí, Padre, porque tal ha sido tu beneplácito" (Luc. 10, 21, cf. Mat. 11, 25-26).

En verdad, al dar las gracias al Padre por haber manifestado los secretos de su divina sabiduría a los humildes, Jesús no presentía en su espíritu solamente a los Doce que había elegido entre el pueblo inculto, y que un día había de enviar como apóstoles suyos para instruir a todas las gentes y enseñarles lo que Él les había encomendado (cf. Mat. 28, 19-20), sino también a cuantos habían creído en Él, entre los cuales serían innumerables los que parecerían menos dotados a los ojos del mundo.

Y el Apóstol de las gentes se complacía también en esto cuando escribía a la comunidad griega de Corinto, ciudad pululante de gente infatuada de

humana sabiduría. “Considerar entre vosotros, oh hermanos, aquellos que (Dios) ha llamado: no muchos sabios según la estimación terrenal; no muchos de los potentados; no muchos de los nobles. Por el contrario, el que es necio para el mundo, Dios le elige para confundir a los sabios; y el que es débil Dios le elige para confundir a los fuertes; elige lo que para el mundo no tiene precio y valor, aquello que no existe, para reducir a la nada lo que existe, a fin de que ninguna criatura pueda envanecerse ante Dios” (1 Cor. 1, 26-29).

Tal elección preferencial de Dios de cuanto es irrelevante y débil, despreciable a los ojos del mundo había sido ya anunciada por el Maestro cuando —en neta antítesis a la valoración terrena— había llamado bienaventurados y aspirantes a su Reino a los pobres, a los afligidos, a los mansos, a los que tienen hambre y sed de justicia, los limpios de corazón, los pacíficos (cf. Mat. 5, 3-10).

No es ciertamente nuestra intención poner de relieve como en la vida y en la actividad externa de Catalina las Bienaventuranzas evangélicas tuvieron un modelo de superlativa verdad y belleza. Todos vosotros podéis recordar cuan libre estuvo en su espíritu de toda terrena concupiscencia, cuanto amo la virginidad consagrada al celestial esposo Cristo Jesús; cuan hambrienta estaba de justicia, y saturadas sus entrañas de misericordia buscando retornar la paz al seno de la familia, de la ciudad desgarrada por rivalidades y odios atroces; cuanto se prodigó para reconciliar la república de Florencia con el Sumo Pontífice Gregorio XI hasta exponer a la venganza de los rebeldes su propia vida. No nos limitaremos a admirar las excepcionales gracias místicas, de que quiso dotarla el Señor, entre las cuales están el místico desposorio y los sagrados estigmas. Creemos por otra parte no responde a la presente circunstancia evocar la historia de los magnánimos esfuerzos de la Santa para inducir al Papa a volver a su legítima Sede, Roma. El éxito que finalmente obtiene, fue verdaderamente la obra maestra de su trabajo, que perpetuará en los siglos su obra más grande y constituirá un título especialísimo al eterno reconocimiento de la Iglesia hacia ella.

Creemos, sin embargo, oportuno en este momento poner, aunque sea muy brevemente, a la luz el segundo de los títulos, que justifican, conforme el juicio de la Iglesia que le sea conferido el Doctorado a la hija de la ilustre ciudad de Siena: la peculiaridad de su doctrina.

En cuanto al primer título, el de la santidad, su reconocimiento solemne fue expresado en amplia medida y con estilo inconfundible de humanista, por el

Pontífice Pío II, su conciudadano, en la Bula *Misericordias Domini* de la que él mismo fue autor (cf. M. H. Laurent, O. P. *Proc. Castel.*, pp. 521-530). La especial ceremonia litúrgica tuvo lugar en la Basílica de San Pedro, el 29 de junio de 1461.

¿Qué diremos, pues, de la eminencia de la doctrina Cataliniana? No encontraremos ciertamente en los escritos de la santa, o sea en sus *Cartas* conservadas en número bastante notable, en el *Diálogo de la Divina Providencia* o bien *Libro de la Divina doctrina* y en las “*oraciones*” el vigor apologético y los ardimientos teológicos que distinguen las obras de los grandes lumineros de la Iglesia antigua, sea la de Oriente o la de Occidente; ni podemos pretender de la no culta virgen de Fontebranda las altas especulaciones propias de la teología sistemática, que han hecho inmortales los Doctores del medioevo escolástico. Y si es verdad que en sus escritos se refleja, en medida sorprendente, la teología del Angélico Doctor, aparece despojada de todo revestimiento científico. Lo que, sin embargo, impresiona en la Santa Santa es la sabiduría infusa, o sea la lúcida, profunda y embriagadora asimilación de la verdad divina y de los misterios de la fe contenidos en los Libros Sagrados del Antiguo y del Nuevo Testamento; una asimilación, favorecida sí, por sus dotes naturales especialísimos, pero evidentemente prodigiosa debida a un carisma de sabiduría del Espíritu Santo, un carisma místico.

Catalina de Siena ofrece en sus escritos uno de los más fulgidos modelos de aquel carisma de *exhortación*, de *palabra de sabiduría* y de *palabra de ciencia* que San Pablo mostró operantes en algunos fieles de la primitiva comunidad cristiana, y de los que quiso que su uso fuese bien disciplinado, advirtiendo que tales dones no son tanto en beneficio de los dotados, sino más bien del Cuerpo de la Iglesia, como explica el Apóstol —“único y el mismo es el Espíritu que reparte sus dones a cada uno como quiere” (I, Cor. 12, 11), así debe redundar el beneficio de los tesoros espirituales que su Espíritu da generosamente a todos los miembros del místico Cuerpo de Cristo (Cf. I, Cor. 11, 5; Rom. 12, 8; I, Tim. 6, 2; Tim. 2, 15).

“*Doctrina eius (scilicet Catharinæ) non acquisita fuit; prius magistra visa est quam discipula*” (Proc. Cas. 1, c): así declaró el mismo Pío II en la Bula de Canonización. Y en verdad, ¡cuántos rayos de sobrehumana sabiduría, cuántos urgentes reclamos a la imitación de Cristo en todos los misterios de su vida y de su Pasión, cuántos eficaces amaestramientos para la práctica de la virtud, propia de los varios estados de vida, hay esparcidos en las obras de la Santa! Sus car-

tas son como otras tantas centellas de un foco misterioso, encendido en su corazón ardiente del Amor infinito que es el Espíritu Santo.

¿Pero cuáles son los trazos característicos los temas dominantes de su magisterio ascético y místico? Nos parece que a imitación del “glorioso Pablo” (Dial., c. XI, al cuidado de G. Cabalini, 1968, p. 27), del que refleja tal vez también el estilo gallardo e impetuoso, Catalina es la mística del Verbo Encarnado, y sobre todo de Cristo Crucificado; ella fue la entusiasta de la virtud redentora de la Sangre adorable del Hijo de Dios, derramada en el leño de la Cruz con generosidad de amor para la salvación de todas las humanas generaciones (cf. Dial. c. CXXVII, ed. cit., p. 325). Esta Sangre del Salvador la Santa la ve fluir continuamente en el Sacrificio de la Misa y en los Sacramentos, gracias al ministerio de los sagrados ministros, para purificación y embellecimiento de todo el Cuerpo místico de Cristo. Por eso podemos llamar a Catalina *la mística del Cuerpo místico* de Cristo o sea de la Iglesia.

Por otra parte la Iglesia es para ella auténtica *madre*, a la que es deber someterse, prestarle reverencia y asistencia: “La Iglesia —osa decir— no es cosa distinta que Cristo” (Carta 171, a cuidado del P. Misiciatelli, III, 89).

Por consiguiente, ¿cuál no fue el respeto, el amor apasionado que la Santa nutrió hacia el Romano Pontífice? Nos, hoy personalmente, mínimo siervo de los siervos de Dios, debemos a Catalina inmenso reconocimiento, no ciertamente por el honor que pueda redundar sobre nuestra humilde persona, sino por la mística apología que ella hace del oficio apostólico del sucesor de Pedro. ¿Quién no lo recuerda? Ella contempla en él “el dulce Cristo en la tierra” (Carta 196, ed. cit., III, 211), a quien se debe filial afecto y obediencia porque: “Quien sea desobediente a Cristo en la tierra, el que está en lugar del Cristo del Cielo, no participa del fruto de la Sangre del Hijo de Dios” (Carta 207, ed. cit., III, 270). Y casi anticipando, no sólo la doctrina sino el lenguaje mismo del Concilio Vaticano II (Cons. *Lumen gentium*, n. 23), la Santa escribe el Papa Urbano VI: “Padre santísimo... conoced la gran necesidad que tenéis vos y la Santa Iglesia de conservar este pueblo (Florenca) en la obediencia y reverencia a V. S. porque es la cabeza y principio de nuestra fe” (Carta 170, ed. cit., III, 75).

A los Cardenales y después a muchos obispos y sacerdotes, ella dirige apremiantes exhortaciones y no ahorra fuertes reprobaciones, siempre, pero, con toda humildad y respeto para su dignidad de ministro de la Sangre de Cristo.

Catalina no podía olvidar ser hija de una orden re-

ligiosa de entre las más gloriosas y activas de la Iglesia. Ella, pues, alimenta singular estima por lo que llama “la santa religión”, que considera como vínculo de unión entre el Cuerpo místico, constituido por los representantes de Cristo (según una calificación suya propia), y el cuerpo universal de la religión cristiana, o sea los simples fieles. Exige de los religiosos fidelidad a su excelsa vocación, por medio del ejercicio generoso de las virtudes y la observancia de las respectivas reglas. No falta su maternal solicitud por los laicos, a los que dirige vívidas y numerosas cartas, queriéndolos prontos en la práctica de las virtudes cristianas y de los deberes del propio estado, animados de ardiente caridad hacia Dios y al prójimo, porque son miembros del Cuerpo místico de Cristo; ahora, dice la Santa, “Ella (o sea la Iglesia) está fundada en amor, y es el amor” (Carta 103 al cuidado de G. Gigli).

¿Cómo es posible no recordar la obra intensa desarrollada por la Santa para la reforma de la Iglesia? Es principalmente a los sagrados Pastores que ella dirige sus exhortaciones, desazonada con santa indignación por la cobardía de no pocos de ellos, estremecida por su silencio mientras el rebaño a ellos encomendado andaba disperso y en la ruina. “Oídmeme, ¡no puedo callar! Gritad con cien mil lengua —escribe a un alto prelado—. Veo que, por callar, el mundo es corrompido, la Esposa de Cristo empalidecida, cortado el color, porque se le ha chupado la sangre de los lomos, o sea la Sangre de Cristo” (Carta 16 al Cardenal de Ostia, a cuidado de L. Ferretti, I, 85).

¿Y qué entendía ella por renovación y reforma de la Iglesia? No ciertamente la subversión de sus estructuras esenciales, la rebelión a los Pastores, las arbitrarias innovaciones en el culto y en la disciplina, como algunos querrían en nuestros días. Al contrario. Catalina afirma respetuosamente que será intacta la belleza de la Esposa de Cristo y se deberá hacer la reforma “no con guerra sino en paz y quietud, con humildes y continuas oraciones, sudores y lágrimas por el servicio de Dios” (cf. Diálogo, cc. XV, LXXXVI, ed. cit. pp. 44, 197). Se trata, pues, para la Santa de una reforma ante todo interior y después externa, pero siempre en la comunión y obediencia filial hacia los legítimos representantes de Cristo.

¿Fue también política nuestra devotísima virgen? Sí, indudablemente, y en forma excepcional, pero en el sentido espiritual de la palabra. Ella, sin embargo, rechaza desdeñosamente la acusación de política, que le achacan algunos de sus conciudadanos escribiendo a uno de ellos: “... Y mis conciudadanos creen que por mi o por los que van conmigo se hacen tratados: dicen verdad; pero no la conocen, ya que otra cosa

no quiero hacer ni quiero que la hagan los que van conmigo sino que se procure desterrar al demonio y quitarle la señoría que ha adquirido sobre el hombre por el pecado mortal y quitarle el odio del corazón y pacificarlo con Cristo crucificado y con su prójimo" (Carta CXXII, ed. cit., II, 253).

Por lo tanto la lección de esta mujer política "sui generis" conserva siempre su significado y su valor, aunque hoy se sienta más la necesidad de hacer la debida distinción entre las cosas del César y las cosas de Dios, entre la Iglesia y el Estado. El magisterio político de la Santa encuentra su más genuina y perfecta expresión en esta frase suya lapidaria: "Ningún Estado se puede conservar en la ley civil y en la ley divina en estado de gracia sin la santa justicia" (Diálogo, c. CXIX, ed. cit., p. 291).

No contenta con haber desarrollado un intenso y vastísimo magisterio de la verdad y la bondad con la palabra y con sus escritos, Catalina quiso sellarlo con la ofrenda de su vida, por el Cuerpo místico de Cristo,

que es la Iglesia, en la todavía edad juvenil de 33 años. En su lecho de muerte, rodeada de sus fieles discípulos en una celdita junto a la iglesia de Santa María Minerva, en Roma, dirige al Señor esta conmovedora plegaria, verdadero testamento de fe y de conocido y ardentísimo amor: "Oh Dios eterno, recibid el sacrificio de mi vida en (beneficio) de este Cuerpo místico de la Santa Iglesia. Yo no tengo para dar más que aquello que tú me has dado a mí".

(Carta. 371, ed. L. Ferretti. V, pp. 301-302.)

El mensaje de una fe purísima, de un amor ardiente, de una dedicación humilde y generosa a la Iglesia Católica como Cuerpo místico y Esposa del Redentor divino: este es el mensaje típico del nuevo Doctor de la Iglesia, Catalina de Sena, para luz y ejemplo de cuantos se glorían de pertenecerle. Recojámoslo con ánimo reconocido y generoso, para que sea luz de nuestra vida terrenal y prensa de futura y segura participación en la Iglesia triunfante en el Cielo. Así sea.

EN EL AÑO 1970

"En nuestros días" S. S. Paulo VI ha proclamado Doctores de la Iglesia a Santa Teresa de Jesús y Santa Catalina de Sena.

Santa Teresa de Jesús, maestra de la oración privada que enseña el camino para llegar a la más íntima morada donde "pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma" (1).

Santa Catalina de Sena que alcanzó las más elevadas cumbres de la mística y sin maestros, sin escuela, prácticamente sin cultura, y que, sin embargo, en sus escritos "refleja en medida sorprendente, la teología del Angélico Doctor, aunque aparece despojada de todo revestimiento científico" (2) porque como Santa Teresa de Jesús "no supo nada de filosofía, pero supo, no ya verdades, sino de LA VERDAD"

(1) Santa Teresa de Jesús. "Las moradas", 1.º cap.

(2) Discurso de S. S. Paulo VI al proclamar Doctor de la Iglesia a Santa Catalina.

DE LAS CARTAS DE SANTA CATALINA DE SENA*

Al Papa Gregorio XI

(...)

«Tenéis en verdad la incumbencia de recobrar de nuevo los dominios que ha perdido la Iglesia; pero mucho más es cometido vuestro reducir a todas las ovejuelas, que son para la Iglesia un verdadero tesoro, y con cuya pérdida ella se empobrece, no a la verdad en sí misma, porque la sangre de Cristo no se menoscaba por esto; pero perdiendo un grande ornamento cuando se pierden sus virtuosos y dóciles hijos. Y es mucho mejor dejar perder un tesoro temporal que un tesoro eterno. Haced, pues, lo que estuviere en vuestra mano; y cuando hubiereis hecho todo lo posible, entonces quedaréis justificado ante Dios y ante los hombres. Debéis herirles con las armas de la bondad, de la caridad y de la paz, y con ellas ganaréis más que con las de la guerra; y cuando yo pregunto a Dios, que es lo mejor para vuestra salud, para la renovación de la Iglesia y para todo, no percibo otra palabra que ésta: ¡Paz, Paz! ¡Por amor del Salvador crucificado, paz!

»Sed varonil (después de la sublevación de Bolonia) y no temáis, responder a Dios que os invita a venir, para recobrar y conservar la Sede del glorioso pastor Pedro, cuyo sucesor sois vos. Levantad la

* Los fragmentos de estas cartas están tomados de la "Historia de los Papas" de Ludovico Pastor, tomo I, cap. 1, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, MCMX.

(3), adquirida por inspiración del Espíritu Santo y por sobrenatural coloquio con Dios.

La obra más intensa de Santa Catalina y a la que durante años se entregó sin reserva fue la reforma de la Iglesia "no ciertamente por la subversión de sus estructuras esenciales, la rebelión de los Pastores, las arbitrarias innovaciones en el culto y la disciplina, como algunos querían en nuestros días" (4), sino considerando a la Iglesia "como auténtica madre a la que es deber someterse, prestarle reverencia y asistencia" porque la "Iglesia no es cosa distinta de Cristo".

Ciertamente Santa Catalina vivió en tiempos borrascosos para la Iglesia.

El acontecer histórico de más de mil años parecía hacer imposible que "un Papa se coronase y estableciese su residencia por todo el tiempo fuera de Italia", hasta que Clemente V, gascón de origen, cedió a la presión del monarca francés Luis el Hermoso, y sus inmediatos sucesores, también franceses, fijaron su residencia en Aviñón.

Este hecho trajo consigo el nombramiento de numerosos cardenales franceses, lo cual mermaba en gran manera el carácter universal de la altísima misión del Papa, colocando a la Iglesia prácticamente en dependencia del rey de Francia y al servicio de los intereses de la nación francesa, que tiene muy poco de universal y mucho de exclusivista.

Las consecuencias no se hicieron esperar. Una vez instalada en Aviñón la corte pontificia, la

(3) Pastoral del Arzobispo de Barcelona sobre Sta. Teresa.

(4) Discurso de S. S. Paulo VI al proclamar Doctor de la Iglesia a Santa Catalina.

bandera de la santa Cruz; pues, así como, conforme a la palabra del Apóstol S. Pablo, hemos sido libres por la Cruz, así por la exaltación de esa bandera, que me parece el consuelo de la Cristiandad, nosotros nos veremos libres de la división, de la guerra y de la malicia y el pueblo rebelde se librará de su propia infidelidad. Si así viniereis a conseguiréis la transformación de los pastores de la Iglesia. Implantad de nuevo en ella el corazón de la ardiente caridad, que ha perdido; insaciables devoradores le han chupado tanta sangre, que su rostro se ha tornado enteramente pálido. Mas exhortaos a vos mismo, ¡oh Padre! y venid; no os hagáis esperar más por los siervos de Dios, que se consumen de pura ansiedad. Y yo, pobre y miserable, no puedo aguardar más, la vida me parece una muerte, cuando veo y oigo tales injurias a Dios. No os dejéis apartar de la paz por los acontecimientos de Bolonia, sino venid; yo os digo que los lobos repaces pondrán su cabeza en vuestro seno como mansos corderos, o os pedirán ¡oh Padre!, misericordia.»

A Urbano VI

(...)

«¿Sabéis lo qué ocurrirá si no ponéis remedio a los males de la Iglesia con todo vuestro poder? Dios quiere absolutamente reformar su Esposa y no la quiere ya más leprosa. Si V. S. no hace, no emplea en ello todo su poder, ya que sólo para esto os ha dado vuestro cargo y dignidad, lo hará Él mismo, por medio de muchas tribulaciones. Él enderezará tantos árboles torcidos y los enderezará a su manera.»

(...)

«Justicia sin misericordia tendrá más de injusticia que de justicia» ... «Haced vuestro negocio con moderación, pues la inmoderación destruye mucho más de lo que edifica; y con benevolencia y corazón tranquilo, ¡por amor de Cristo crucificado!, moderad un poco esos movimientos repentinos que brotan de vuestra índole.»

(...)

«He entendido que aquellos demonios con figura humana (1) han procedido a una nueva elección; pero no han elegido un Vicario de Cristo, sino un Anticristo; jamás dejaré, mi amado Padre, de confesaros por representante de Cristo en la tierra. ¡Ea pues, Santo Padre!, proceded sin temor en esta lucha en el combate es necesaria la armadura del hábito de la divina caridad; la cual es una fuerte armadura.»

A los gobernantes de Florencia

(...)

«Bien sabéis que Cristo nos dejó a su Vicario para la salud de nuestras almas; pero no podemos hallar nuestra salvación en otra parte sino en el Cuerpo místico de la Iglesia, cuya cabeza es Cristo, de quien nosotros somos miembros. El que se muestra desobediente contra el

(1) Se refiere a los que habían elegido al antipapa Clemente II.

acumulación de cargos y beneficios en una misma persona, la riqueza que esto proporcionaba, el lujo, la molición favorecida por la suavidad del clima, todo favorecía la relajación de costumbres que bien pronto se manifestó. Santa Catalina decía que allí “en vez de ser un paraíso de santas virtudes, se sentía el hedor de los vicios del infierno” y la espantosa ruina del gran cisma de Occidente, no fue sino consecuencia de aquella falsa posición en que el Pontífice había venido a colocarse.

Los hechos concretos de Santa Catalina se entienden mejor si se tiene en cuenta, a la par que el desplazamiento de la sede Pontificia, el estado caótico de la misma Italia.

El clima político de esta nación en ausencia del Pontificado dejaba los dominios temporales de la Santa Sede casi a merced de la codicia y las rivalidades incesantes en que se debatían las pequeñas repúblicas. Estas guerras intestinas se hacían con soldados a sueldo “condotieros” que se vendían al mejor postor y tan pronto iban a favor de uno como de otro. El estado anímico del pueblo después de pasados los horrores de la peste; “la mezcla incomprensible, tal vez para nosotros, de fe y de pasión, de religiosidad y de pecado; la relajación de las órdenes religiosas, los movimientos reformistas con sus oleadas de fanatismo mesiánico, austeridades por una parte y funestos errores doctrinales por otra; la influencia decisiva de los predicadores y religiosos, especialmente en el pueblo; la corrupción del clero alto y bajo, religioso y secular...” (5).

(5) Cf. Prólogo de “El Diálogo” de Fr. Francisco Barbado, Obispo de Salamanca. B.A.C. Madrid, 1955.

Cristo de la tierra, no tiene parte en la herencia de la sangre del Hijo de Dios; pues Dios ha establecido, que por manos de él hemos de ser partícipes de aquella sangre y de todos los sacramentos de la Iglesia a que tal sangre comunica la vida. No podemos andar por otro camino, no podemos entrar por otra puerta, pues la eterna Verdad ha dicho: ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida’. El que anda por ese camino está, por el mismo caso, en la verdad y no en la mentira; éste es el camino del odio contra el pecado, no el camino del amor propio que es la fuente de todos los males. Así, pues, veis, mis amados hijos, que quien se rebela como un miembro podrido contra la Santa Iglesia y contra nuestro Padre, el Cristo en la tierra, incurre en la sentencia de muerte; pues, de la manera que nos portaremos con él, usando de reverencia o desobediencia así nos portamos con Cristo que está en el cielo. Os lo digo con profundo dolor: con la desobediencia y persecución habéis incurrido en la muerte y la ira de Dios; y no os podía suceder peor cosa que haber perdido su gracia. La potencia humana sirve de poco donde falta la divina; e inútilmente nos esforzamos en guardar la ciudad si Dios no la guarda. Presupuesto que muchos creen no ofender a Dios, sino servirle cuando persiguen a la Iglesia y a sus pastores; por cuanto dicen: que son malos y que sólo hacen daño; yo os digo, aun cuando los pastores fueran encarnados demonios, y aunque con ellos lo fuera el Papa, en lugar de ser un padre bueno y bondadoso, deberíamos nosotros, sin embargo, serle obedientes y sumisos, no por respeto a él, sino como Vicario de Cristo, en obediencia para con Dios.»

A los tres cardenales italianos que habían reconocido al antipapa Clemente II

Les reprocha entre otras cosas su ingratitud hacia la Iglesia que los ha nutrido y elevado con ternura y predilección.

(...)

«Lo que me muestra que sois viles ingratos y mercenarios. La persecución que con otros hacéis a la esposa de Cristo, cuando tendríais que ser sus escudos y resistir los golpes de la herejía; pues sabéis que el Papa Urbano VI es verdaderamente Papa, soberano Pontífice, elegido canónicamente y no por temor, elegido verdaderamente por inspiración divina más que por vuestra industria humana; vosotros mismos lo habéis dicho así; y ahora os volvéis como cobardes soldados; vuestra sombra os da miedo; os habéis apartado de la verdad, que os daba fortaleza; os servís del engaño que debilita el alma y el cuerpo, y os priva de la gracia espiritual y temporal. ¿Y cuál es la causa? La ponzoña del amor propio que envenena el mundo. He aquí que de columnas os habéis convertido en más débiles que pajas; en lugar de ser flores olorosas, habéis infectado el mundo; el lugar de ser luces sobre el candelero que irradia la fe, habéis escondido esta luz bajo el celumín de la soberbia e irradiáis tinieblas para vosotros y para los demás. De ángeles terrestres que debíais ser, para conducir las ovejas a la obediencia de la Santa Iglesia, habéis tomado el oficio de los demonios; y este mal que tenéis en vosotros, nos lo queréis dar a nosotros quitándonos de la obediencia de Cristo en la tierra, y conduciéndonos a

Ante este panorama desolador Santa Catalina no se amilana; ve el mal donde está y lo señala con palabras claras, concretas, y al mismo tiempo que hace "la mística apología del oficio apostólico del sucesor de Pedro" (5), su "dulce y primera VERDAD" el Espíritu Santo la obliga a hablar, a escribir, a increpar, y con santa libertad se dirige a los Papas, a los Cardenales, a los religiosos, a los gobernantes.

La persuasión de que el Papa encarnaba la misma autoridad de Jesús, que era "el dulce Cristo en la tierra" y lo que daba a sus escritos su firmeza y seguridad respecto a su misión ¿provenía tal vez de la visión sobrenatural que a los seis años señaló el rumbo de su vida?

Era la más pequeña de una numerosa familia de artesanos, con su hermano Esteban se dirigían a casa de otra de sus hermanas llamada Buenaventura. Al pasar frente a la iglesia de Santo Domingo, vio Catalina sobre ella a Nuestro Señor Jesucristo, coronado con una tiara, revestido de los ornamentos pontificales y sentado en un trono resplandeciente; a uno y otro lado aparecían los Apóstoles San Pedro y San Pablo, San Juan y otros bienaventurados, todos vestidos de blanco.

A partir de este momento su vida es un entresijo de oración, penitencia y acontecimientos extraordinarios unidos a la más exquisita caridad sobrenatural y auténticamente humana y femenina.

El aspecto externo de la vida y personalidad de la Santa se desprende de los documentos biográficos de sus contemporáneos

(6) Discurso de S. S. Paulo VI al proclamar Doctor de la Iglesia a Santa Catalina.

la obediencia de Anticristo, que es miembro del diablo, y vosotros con él, mientras persistáis en esta herejía. Esto no es una ceguera que viene de la ignorancia, que viene de que uno os diga una cosa y otro otra; no, vosotros sabéis bien que es la verdad, vosotros mismos nos la habéis anunciado, y no somos nosotros quién os la ha dicho.

¡Oh!, qué insensatos sois, ¡vosotros que nos habéis dado la verdad y que queréis para vosotros mismos el engaño!

FRAGMENTOS DEL «DIALOGO» DE SANTA CATALINA DE SENA

Sobre el «Estado de los malos sacerdotes y religiosos»

(...)

(Cap. CXXI) ... ¿Sabes, hija queridísima, y considéralo con dolor y amargura de corazón, donde han puesto éstos su principio y fundamento? En el amor propio del que nace el árbol de la soberbia, con el retoño de la indiscreción, pues, como indiscretos buscan para sí el honor y la gloria... A mí se me debe gloria y alabanza. En ellos el odio a su sensualidad, nacido del verdadero conocimiento de sí mismos, considerándose indignos de tan gran ministerio como el que han recibido... Devoran las almas, compradas con la sangre de Cristo. Las devoran miserablemente de muchas y diversas maneras... ¡oh templos del diablo! Yo os puse para que fuerais ángeles en la tierra durante esta vida, y vosotros sois demonios y habéis tomado para vosotros el oficio de los demonios. Los demonios dan tinieblas que ellos en sí tienen... sustraen las almas a la gracia con insidias y tentaciones para reducirlas a la culpa del pecado mortal... Más aún, son ocasión de sufrimiento y confusión de conciencia para aquellos a los que muchas veces sustraen del estado de la gracia y del camino de la verdad...

(...)

(Cap. XXIV) Quiero que sepas, hija queridísima, que yo pido a vosotros y a ellos (religiosos y sacerdotes) para este sacramento, (subir al altar) toda la pureza que sea posible a un hombre en esta vida. En cuanto está de vuestra parte y de la suya, debéis procurar adquirirla continuamente. Debéis pensar que si fuera posible que se purificase la naturaleza angélica, debería hacerlo para celebrar este misterio. Esto no es posible porque no tiene necesidad de ser purificada, ya que en los ángeles no puede haber veneno de pecado. Pero digo esto para que veas cuánta pureza exijo de vosotros y de aquellos con relación a este sacramento...

(...)

(Cap. XXV) ... Todos estos males, mi querida hija, provienen de no corregir quienes deben con buena y santa vida. Están cegados por

(Beato Raimundo Caffarini, Anónimo Florentino, William Flee- te, Proceso castellano, Banuccio Canigiani, Maconi, etc.), así como también "las frecuentes manifestaciones extraordinarias de la acción de la gracia sobre ella, pero deben completarse con el aspecto íntimo, humano-sobrenatural, que se desprende de sus propios escritos".

Tanto sus cartas como el *Diálogo*, la impresión que dejan desde el primer momento es "de una solidez básica, de un alma firmemente arquitecturada en sus ideas... de principios claros, graníticos, seguros en el dogma, y de una total entereza en vivir su vocación, en secundar la llamada sobrenatural" (7).

Tal vez el ángulo más luminoso para contemplar la perspectiva íntima de su alma a través de sus escritos consiste en que como ocurre con Santa Teresa de Jesús "nos coloca en el umbral mismo, y sin preámbulos retóricos, en el plano de las máximas posibilidades sobrenaturales" (8).

Es cierto que esto choca con la mentalidad actual tan reacia a lo extraordinario y portentoso y que trata de humanizarlo todo a nuestra medida, pero la realidad "es que la vida del cristiano más normal —por mucho que nos esforcemos en ignorarlo— se desarrolla en un plano sobrenatural y radicalmente maravilloso" y que "debemos considerar ordinaria la intervención de Dios en nuestra vida... pero nos disgusta ver a Dios trastornar el orden de la naturaleza..." (10).

María A. López Suñé

(8) Cf. Prólogo de "El Diálogo de Fr. Francisco Barbado. Obispo de Salamanca. B. A. C. Madrid, 1955.

(9) *Id.*, *id.*

(10) *Id.*, *id.*

Los demás entrecomillados son frases conocidas de la Santa,

su amor propio en el cual radican sus iniquidades, y no piensan más que en cómo pueden satisfacer sus placeres desordenados, y esto lo mismo si son súbditos que pastores, clérigos o religiosos.

¡Qué dolor! ¿Dónde está, hija mía, la obediencia de los religiosos, que puestos como ángeles en el estado de religión, son peores que demonios? Puestos para que anuncien mi palabra por su vida y su doctrina, y ellos gritan sólo sonidos de palabra, sin dar fruto en el corazón de los oyentes. Sus predicaciones van dirigidas más a agradar a los hombres y deleitar sus oídos que a honra mía... Han hecho promesa de observar las Reglas de la Orden y las quebrantan. Y no se contentan con no observarlas ellos, sino que, como lobos hambrientos se echarán sobre los corderos que querrán ser observantes de la Orden, burlándose de ellos y escarneciéndolos... Todos estos males han caído sobre los jardines de las santas religiones. Santas, digo, porque en sí son como hechas y fundadas por el Espíritu Santo y porque la Orden en sí no puede gastarse ni corromperse por los pecados de los súbditos. Y quien quisiera entrar en una Orden, no debe fijarse en éstos, que son malos, sino navegar en los brazos de la Orden misma, que ni está enferma, ni puede enfermar guardando sus reglas hasta la muerte.

Te decía que todos estos males habían sobrevenido por los malos pastores, que no corrigen y por los malos súbditos...

Sobre «los religiosos frente a la obediencia»

(Cap. CLXI) b) ¿Qué fruto produce el árbol de este miserable? (el desobediente). Fruto de muerte, porque ha plantado la raíz de su afecto en la soberbia que ha sacado del placer y del amor propio de sí mismo. Por este motivo todo nace ya corrompido. Las flores, las hojas, los frutos y las ramas de este árbol, es decir, la obediencia, la pobreza y la continencia; tres ramas contenidas en el tronco del afecto, mal plantado como he dicho. Las hojas, o sea, las palabras que produce este árbol, están tan corrompidas, que no saldrían ni siquiera de la boca del seglar más perverso. Si ha de anunciar mi palabra procura hacerlo con elegancia, no con sencillez, más preocupado de su elocuencia que de aparcentar las almas con esta semilla de mi palabra.

Huelen mal las flores de este árbol; son fétidas. Son los diversos pensamientos que voluntariamente acoge con deleite y complacencia, no huyendo de los lugares ni de las ocasiones que se los hacen venir. Por el contrario, las busca por la complacencia del pecador, fruto que le mata, quitándole la vida de la gracia y dándole la muerte eterna. Y ¿qué hedor es el que despide el fruto nacido de aquella flor? El hedor de la desobediencia...

c) ¡Oh desobediencia, que despojas al alma de toda virtud y la vistes de todo vicio! ¡Oh desobediencia, que privas al alma de la luz de la obediencia, le quitas la paz y le das la guerra, le quitas la vida y le das la muerte, haciéndola salir de la nave de las observancias de la Orden! La anegas en el mar haciéndola navegar sobre sus propios brazos y no sobre los de la Orden. La vistes de toda miseria y la haces morir de hambre al quitarle el alimento del mérito de la obediencia. Le das continua amargura y la privas de todo gusto de dulzura y de todo bien y la llenas de todo mal. En esta vida le haces llevar las arras de los terribles tormentos de la otra vida...

LA REALEZA DE CRISTO, FRUTO SOCIAL DE LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS

Nada más propio y sacerdotal que sentir hondamente la devoción al Corazón de Jesús. Nunca como ahora pueden resonar a nuestros oídos sacerdotales con más confianza las palabras del mismo Jesucristo a Santa Margarita María de Alacoque: “Reinará por fin el Divino Corazón, a pesar de los que a ello querrán oponerse. Satanás quedará confuso con todos sus partidarios. ¡Dichosos aquellos de quienes será servido para establecer su imperio! Parece que Él es semejante a un rey que no piensa en dar sus recompensas mientras va haciendo sus conquistas y triunfando de sus enemigos, pero sí cuando reine victorioso en su reino. El adorable Corazón de Jesús quiere establecer su reinado de amor en todos los corazones y destruir y arruinar el de Satanás”.

Cuando las apariencias externas presentan síntomas apocalípticos y parece que en muchos se arruina la fe, la gran certeza sacerdotal es apoyarse realmente en el Corazón de Jesús. Nos sentimos herederos de la mejor tradición sacerdotal de nuestra tierra, de mosén Sol y del obispo Morgades, del doctor Sardá y Salvany y de Torras y Bages, de Verdaguer, el celestial cantor de “El somni de Sant Joan”, hasta nuestro padre Piulachs. Ellos, como tantos y tantos otros, fueron incansables y ardorosos apóstoles de esta devoción, presentada por el mismo Señor como “una redención amorosa para apartarles del imperio de Satanás”. Meditemos, pues, sobre las verdades más sabrosas y fundamentales de la devoción al Corazón de Jesús en relación con nuestro sacerdocio.

I

La devoción al Corazón de Jesús es como el resumen de toda la Revelación. El Corazón traspasado simboliza bíblicamente lo más nuclear y vital de la persona. Leemos en San Juan: “Mas al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le abrió el costado y al instante salió sangre y agua. Y quien lo vio es quien lo asegura y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice la verdad para que vosotros también creáis. Pues estas cosas sucedieron en cumplimiento de la Escritura: No le quebrantaréis ni un hueso. Y del otro lugar de la Escritura que dice: Dirigirán sus ojos a Aquel a quien traspasaron” (S. Juan, XIV, 33-35). Luego el Corazón traspasado de Cristo es la síntesis, el vértice, la suma, el cogollo de todos los misterios de Cristo. Del amor con que Dios ama a los hombres en Jesucristo.

Un teólogo seglar, Vázquez de Mella, supo glosar en forma maravillosa las relaciones sobrenaturales de la naturaleza humana con el Verbo: “La Encarnación, por la permanencia de sus fines, la restauración universal y la Redención humana, tiene que ser perpetua. No puede ser un viaje rápido a la tierra para abandonarla después. La misma permanencia del mal pedía la permanencia del remedio y que estuviese al alcance de nuestras necesidades. Un Dios que toma nuestra carne y nuestra sangre; está como Dios presente en todas partes, pero como hombre sólo lo está donde se encuentra la naturaleza humana con su cuerpo. Para quedarse entre nosotros y no abandonarnos, no había otro remedio que dejarnos su cuerpo, pero no como una momia en su sepulcro, ni solitario en un solo tabernáculo, sino multiplicándolo, a fin de que la unidad de la Encarnación, por decirlo así, específica se delatase en una continua variedad individualizada por el amor. Si no fuera así, el plan de la Encarnación parecería que quedaba incompleto y desproporcionado a los fines para que fue *libre y misericordiosamente trazado*”. Por esto, cuando adoramos al Corazón de Jesús “se adora la humanidad y la carne vivificante de Cristo, no ciertamente por razón de sí misma y como mera carne, sino como unida a la divinidad”, como recordó la Iglesia en una proposición condenada del Sínodo de Pistoya.

La Encíclica *Hauretis aquas* nos habla de “la verdad de fe católica definida en el Concilio Euménico de Éfeso y en el II de Constantinopla”. Pío XII nos remite a San Cirilo y al Concilio Euménico. He aquí los dos venerables textos: “Si alguno se atreve a decir que el hombre asumido ha de ser coadorado con Dios Verbo y glorificado... como uno en el otro... y no honra más bien con una sola adoración al Emmanuel y le tributa una sola gloria según que el Verbo se hizo carne, sea anatema” (Denz, 120). “Si alguno dice que Cristo es adorado en dos naturalezas, de donde se introducen dos adoraciones: una propia de Dios Verbo y otra propia del hombre; o si alguno, negando la carne o confundiendo la divinidad y humanidad o afirmando una sola naturaleza o sustancia... así adora a Cristo, pero no adora con una sola adoración al Dios Verbo encarnado con su propia carne, según desde el principio lo recibió la Iglesia de Dios, ese tal sea anatema” (Denz, 221).

Los Evangelios nos hablan del Corazón de Cristo. San Mateo nos recuerda aquellas divinas palabras:

“Yo soy manso y humilde de Corazón” (XI, 19). En San Marcos, en San Lucas, podemos estudiar las miradas de Cristo y la confianza que inspira, ya en sus milagros, ya en sus conversiones, todo fruto de los sentimientos de su Corazón. El Evangelio de San Juan es el Evangelio del Corazón de Jesús. Nos dice Orígenes: “La flor de los Evangelios es el Evangelio de San Juan. No se podrá saborear si no se ha reposado antes sobre el pecho de Jesús y si no se ha recibido a María por Madre”.

La devoción al Corazón de Jesús tiene como elementos esenciales la consagración, la reparación, la confianza, el apostolado. Y nosotros, los sacerdotes, somos por excelencia los hombres consagrados a Dios. No únicamente por el bautismo, sino por el sacramento del Orden. Alma y cuerpo, tiempo y actividades del sacerdote todas están selladas por nuestra ordenación sacerdotal. Nuestra Misa es, por excelencia, el ofertorio de toda nuestra vida divinizada en Cristo Jesús. En la Misa encontramos los grandes tesoros sacerdotales: la Eucaristía, la actualización de la Pasión de Cristo, la Palabra de Dios, las razones de nuestra vida y apostolados sacerdotales. En la Misa vivimos prácticamente la realidad de sentirse “*vicarius amoris Christi*”, de que nos habla San Ambrosio. En la Misa vibramos con aquellos sentimientos que expresa San Efrén: “*Te, Domine, comedimus, te vivimus, non ut consummanus te, sed ut per te vivamus*”.

Es verdad que siempre tenemos el peligro, no imaginario, de que la liturgia y sus actuales nuevas formas se reduzcan a exterioridades vacías de vida. Es que no hay auténtica vida litúrgica sin la devoción al Corazón de Jesús. Pablo VI nos dijo claramente, en su Carta del 6 de febrero de 1965, que “deseamos que se rinda este culto al Sagrado Corazón por medio de una participación más intensa en el culto al Santísimo Sacramento, ya que el principal don de su amor fue la Eucaristía”.

No recordaremos los fundamentos doctrinales que obligan a los hombres, y particularmente a los cristianos y a los sacerdotes, a la reparación. Pero sí que diremos que nunca como en las presentes circunstancias conviene reparar al Señor por tantas ofensas y sacrilegios como recibe. Y sólo con una confianza ilimitada en Él podremos sobrellevar nuestro ministerio sacerdotal y actuar en las almas con eficacia realmente salvadora.

La devoción al Corazón de Jesús tiene un aspecto esencial que no podemos olvidar. Es el gran remedio contra las enfermedades de la tibieza espiritual, de la vida rutinaria, del cristianismo individualista.

Al aparecer la devoción al Corazón de Jesús en Paray-le-Monial el Señor ofreció, para estos tiempos, un remedio a la Iglesia entera y a la humanidad entera: el mismo contenido evangélico, lo que ya había sido entendido así por los santos de todos los siglos.

El gran enemigo que destruye y aniquila la vida cristiana es el naturalismo. O sea, que el hombre crea que con sus propios medios puede hacer algo bueno. Precisamente la devoción al Corazón de Jesús bien entendida es la solución perfecta, plena y total para darnos cuenta de que nada es posible sin la gracia santificante, o sea, sin Cristo. Todo naturalismo que quiera justificar una vida cristiana a base de una acción humana que tenga la iniciativa, una bondad natural prescindiendo de la gracia, una educación divorciada de la gracia, una ética y una moral autónomas, dogmática y experimentalmente son imposibles. Cuando se entiende la devoción al Corazón de Jesús se corresponde con una entrega personal que no se queda a medio camino, sino que busca por todos los medios la santidad. Porque el Corazón de Jesús nos hace entender todo el dogma que se resume en la verdad del amor de Dios, toda la moral que es una respuesta de nuestra vida a lo que Dios quiere de nosotros para servirle, de la ascética que nos enseña cómo nos hemos de purificar para ser dignos de este amor de Cristo, hasta las sublimidades de la vida mística que se viven en la unión perfecta con el amor de Cristo. La devoción al Corazón de Jesús es la devoción de la caridad como centro de toda vida cristiana, sacramental y apostólica. Es una devoción eminentemente personal que nos persuade cómo Dios nos ama de una manera infinita. Es la devoción que nos da el secreto para amar la Eucaristía, la Sagrada Escritura, la Iglesia, nuestra vocación y las almas. Es la devoción única que nos puede hacer entender lo que pide el Vaticano II como “excelente y segura forma de verdadera piedad”, como textualmente afirmó Pablo VI.

II

Si la devoción al Corazón de Jesús es la religión verdadera y entera, inmediatamente se entiende lo que afirmaba el padre Ramière: “La sociedad no es un enemigo para nosotros; ella representa nuestra segunda madre y, fuera de la institución divina de la que hemos recibido la vida de la eternidad, nada amamos más en el mundo. Mejor dicho, confundimos a esas dos madres en un mismo amor, ya que sus intereses, como sus elementos, son idénticos. Ciertamente, si la Iglesia proporciona a la sociedad tempo-



ral su espíritu vivificador, es del seno de la sociedad temporal que ella toma las almas para formar el cuerpo místico de Jesucristo... Estamos convencidos de que la sociedad aspira a los elementos de progreso y felicidad que Jesucristo vino a traer al mundo. Las convulsiones de los tres últimos siglos tienden a su conquista; y si no los posee todavía es debido a que, hasta el presente, se ha obstinado en buscarlos fuera de la Iglesia. El día que su experiencia le lleve al convencimiento de que sólo la Iglesia puede proporcionárselos, la reconciliación estará asegurada y una era de paz se abrirá en el mundo”.

Por esto, la devoción al Corazón de Jesús no es únicamente la fórmula mejor para vivir el cristianismo, sino que ella responde plenamente a lo que nos dice San Pablo: “Es preciso que Él reine mientras pone a todos sus enemigos bajo sus pies” (1 Cor. XV, 24-25). Toda la teología de Cristo Rey es una consecuencia lógica, patente, de que Jesucristo debe reinar en la sociedad. Cuando nosotros hablamos de este reino de Cristo no lo confundimos con la cris-

tiandad medieval, ni con la Contrarreforma, ni con ningún capitalismo, ni con régimen político concreto. Enunciamos una verdad que fluye de la misma Revelación. Dios tiene derecho a reinar en la sociedad, en todas sus actividades y vida pública. Y el Estado, la escuela, la legislación, la vida pública deben impregnarse y subordinarse al fin sobrenatural del hombre.

Por esto lamentamos que durante muchos años, en los seminarios y casas de formación, si bien es verdad que se nos daba enseñanza teológica y ascética verdadera, no es menos verdad que se nos veía la doctrina de la realeza de Cristo con slogans que tan machaconamente deformaban mentalidades y actitudes, como que “la religión nada tiene que ver con la política”, que “el sacerdote no debe mezclarse en ninguna cuestión política”. Y estas afirmaciones, que son verdaderas si se entienden en el sentido concreto de luchas partidistas y apasionamientos temporales, no se pueden admitir en el sentido de no proyectar en el orden social y político la doctrina y la moral de Jesucristo. Quizás el activismo del progresismo actual sea como una especie de blasfema reacción ante aquel liberalismo y conservadurismo nefastos para que otra vez la doctrina y el dinamismo del Reino de Cristo entusiasme los corazones sacerdotales y de todos los cristianos.

Frente al liberalismo católico que negaba de hecho el ideal de la realeza de Cristo, actualmente también en el campo teológico proliferan tesis inadmisibles. Concretemos en el teólogo holandés Schillebeeckx, que afirma “se está desarrollando un proceso de eclesialización en la humanidad entera y un proceso de secularización santificadora en la Iglesia”. Esta tesis es totalmente falsa, pues significa una disolución de las diferenciaciones entre la Iglesia y la humanidad, y es totalmente gratuito que la humanidad tenga este “proceso visible de eclesialización”, de que habla Schillebeeckx. Y no se puede admitir una coincidencia de la humanidad con la Iglesia, ya que es cierto que siempre en el mundo habrán las dos ciudades de que nos habla San Agustín y, por tanto, la identificación entre humanidad e Iglesia jamás podrá existir. Como se ha dicho, la tesis de Schillebeeckx acerca de una humanidad que ha de coincidir con la Iglesia no atiende al lugar que en las actividades de los hombres le corresponde al pecado, a las potencias del mal y a Satán.

Tampoco es admisible la postura del teólogo padre Congar, tan benévolo para el mundo moderno y tan crítico para el pasado de la Iglesia. Se ha juzgado exactamente a Congar cuando se ha dicho que

sus análisis “adolecen de una falla fundamental, cual es la de subestimar la necesidad de que el poder público —el primer elemento de la vida pública— se ponga al servicio de los fines últimos del hombre”. En esta falla fundamental en las afirmaciones de Congar hay un intento de forjar un cristianismo terrestre. Quiere dar por válidos los postulados del mundo moderno, con sus filosofías impías, olvidando la apostasía doctrinal de nuestros tiempos, y aceptando el mundo actual. Congar admite que la Iglesia es otra cosa que el mundo, pero acepta al mundo tal como es como un avance hacia el cristianismo económico-cósmico, que nada tiene que ver con la vida sobrenatural.

Igualmente es incompatible la teoría de Karl Rahner sobre el cristianismo invisible. Dice este teólogo: “Forzoso es reconocer hoy que nos es imposible adoptar pura y simplemente el punto de partida de San Pablo: En el pensamiento de San Pablo, los hombres que no llegaban al bautismo estaban perdidos. Es verdad que San Pablo no ha enunciado dogma sobre este punto. Pero en la práctica era para él una evidencia. No es posible a los cristianos que estamos en pleno siglo xx suscribir enteramente esta perspectiva y esta manera de obrar. Tampoco tenemos el derecho. Un misionero de hoy no puede ya, como lo estaba un San Francisco Javier, estar animado de esta convicción: “Si me voy a los japoneses, si les enseño y predico el cristianismo, están salvados, irán al cielo. Si me quedo en Europa, están perdidos, como están perdidos sus padres por no haber oído hablar de Cristo y haber muerto sin bautismo. Nuestra conciencia religiosa de cristianos de hoy es diferente. Nos es difícil pensar que los hombres que no han oído hablar de Cristo deben condenarse para siempre. No podemos apoyarnos sobre el dogma para hacer nuestro tal modo de ver las cosas. Sabemos hoy que existe un cristianismo invisible, en que se encuentra realmente, bajo el efecto de la acción de Dios, la justificación de la gracia santificante”.

Todos sabemos que la gracia salvífica llega a todos los hombres. Pero ésta se hace más fácil y asequible perteneciendo a la Iglesia, por lo que no se puede despreciar la predicación, los sacramentos y el conocimiento de Cristo como los medios más eficientes para alcanzarla y perseverar para alcanzar la salvación eterna. La finalidad de la Iglesia instituida por Jesucristo no es que sea invisible, sino visible.

Sólo la teología de la realeza de Cristo ilumina plenamente y nos salva de estos desvaríos. Jesucristo

vino a implantar la Iglesia, cuya finalidad es la aplicación de su Redención, que los hombres vivan como hijos de Dios. Pero también el orden temporal debe estar vivificado por la presencia de Cristo. No es que lo temporal, lo cultural, lo técnico, lo humano, nos pueda salvar. Ni tampoco que hay una sola dimensión confundiendo lo profano y lo divino, secularizando la Iglesia y el cristianismo. No; hay dos dimensiones radicalmente irreductibles. Una, la de las cosas que tienen ordenación intrínseca y directa a Cristo. Otra, la de las cosas que no tienen ordenación intrínseca y directa a Cristo. Una, la de las cosas realizadas en Cristo, las sagradas, las cristianas, las de la Iglesia. Otra, las profanas, las seculares, las que tienen por ordenación inmediata el destino temporal del hombre. Pero esas dos dimensiones radicalmente irreductibles son armonizables, ya que las cosas del mundo, no por ordenación intrínseca, sino por referencia del sujeto operante, deben estar al servicio de Cristo. El cristianismo importa necesariamente cristiandad. Porque las cosas profanas y seculares tienen subordinación indirecta con respecto a las de Cristo y de su Iglesia. Estas relaciones deben operar en el mundo que quiera armonizarse con Cristo. Pero las cosas que dependen de la voluntad del hombre pueden infeccionarse de pecado y apostasía. Entonces se produce el anticristianismo y, con él, la anticristiandad. Si la Iglesia no santifica y salva al mundo, es decir, si no lo santifica, el mundo en cierto modo ha de perder a la Iglesia, la hará mundanizar.

La realeza de Cristo es la doctrina más resplandeciente del Vaticano II. Que se estudie la *Actualitatem aquositatem*, la *Gaudium et Spes*, con otros documentos conciliares, y se entenderá cómo las instituciones temporales, respetando su justa autonomía e independencia, deben estar ordenadas al bien sobrenatural de los hombres. Nos dice la *Gaudium et Spes*: “Pues el Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se ha hecho a Él mismo carne, a fin de que, hombre perfecto, salve a todos los hombres y recapitule todas las cosas en Él. El Señor es el término de la historia, el punto hacia el cual convergen los deseos de la historia y de la civilización, el centro del género humano, la alegría de todos los corazones y la plenitud de todas sus aspiraciones. Él es a quien el Padre ha resucitado de entre los muertos, ha exaltado y ha hecho sentarse a su derecha, constituyéndole juez de los vivos y de los muertos. Vivificados y reunidos en su espíritu, marchamos hacia la consumación de la historia humana, que corresponde plenamente a su designio de amor: “traer todas las

cosas bajo un solo jefe, Cristo; las que están en los cielos y las que están sobre la tierra" (Id., *G. S.*, núm. 45, 2 y 38, 3).

Este es el gran fruto social de la devoción al Corazón de Jesús: la realeza de Cristo. Los hombres anhelan la libertad, la justicia, la paz, el progreso, la dignidad, pero todo esto no se puede conseguir por caminos de neutralismo, de ONU, de las tecnocracias, de marxismo, de liberalismo, ni de las fórmulas de las llamadas democracias cristianas si estas ideologías políticas no están enraizadas en el reconocimiento de la soberanía social de Jesucristo. El ideal de Cristo Rey es la fuerza dinámica que nos impulsa a conseguir que el mundo entero sea de Dios, con todas sus instituciones, actividades, movimientos, obras. Y únicamente en el progreso de este reinado de Cristo, profetizado en las Sagradas Escrituras y enseñado por el magisterio eclesiástico, encontramos la solución a los problemas del mundo. No en un temporalismo divorciado de Dios, ni tampoco con católicos mundanizados, beatos o marxistizados. Ni jamás nos salvamos o autosolvamos por vías temporales. Nuestra salvación es únicamente Cristo, pero lo temporal nos debe preocupar en cuanto en su ordenación justa prepara a los hombres para aceptar la salvación divina, en el recto uso de las creaturas, de que nos habla San Ignacio en los Ejercicios Espirituales. La teología de la realeza de Cristo es la superación de las falsas tensiones inventadas por las dialécticas sofisticadas, los falsos vericuetos de la vía media, en que algunos creen encontrar un comodín ante los dilemas de nuestro mundo. Como recientemente se ha recordado, la verdad sobre la gracia no está en medio entre Pelagio y San Agustín, ni la verdad sobre la Trinidad entre Arrio y San Atanasio, ni la verdad sobre la Encarnación entre Nestorio y San Cirilo. La verdad no es una tercera posición. Por esto precisamente tiene en sí fuerza, primera y originaria, para rechazar los errores opuestos, que se presentan dialécticamente polares, sin pedir auxilio a cualquiera de ellos.

¡Qué falta nos hace la devoción al Corazón de Jesús! Para nuestra vida sacerdotal y cristiana, como razón y origen y fuerza de santidad. Para nuestro apostolado sacerdotal y pueblo cristiano, para combatir y edificar la vida cristiana en los planes de Dios. Y únicamente en esta temática se pueden entender y solucionar los conflictos que ahora amargan la vida de la Iglesia: fomentando la verdadera vida sobrenatural e impulsándonos a trabajar en el orden temporal para implantar el Reinado de Dios.

III

Somos sacerdotes del Corazón de Jesús. "¡Acercarse al cáliz tremendo de los divinos misterios es como acercarse a beber en el Costado abierto de Jesús!", dice San Juan Crisóstomo. Nuestra vocación sacerdotal nos lleva a enamorarnos de la Eucaristía, del Evangelio, y a entregarnos totalmente a la salvación de las almas por los medios más divinos y seguros. Toda la fuerza de nuestra vocación sacerdotal brota del Corazón de Jesús. Y es necesario que, frente a los grandes errores intelectuales, políticos y sociales, sepamos mostrar toda la belleza del reinado social de su Sagrado Corazón y la vida divina.

Los grandes sacerdotes, un Cura de Ars, San Juan Bosco, nuestro San José Oriol, San Antonio María Claret y San Juan de Ávila, con sus vidas, nos muestran el bien inmenso de una vida sacerdotal vivida en la teología del amor al Corazón de Jesús.

Pero es imposible conocer el Corazón de Cristo sin vivir una filial entrega a nuestra Madre Inmaculada. Ella, la Madre Sacerdotal, ha sido la única criatura digna de recibir en su seno el Verbo Encarnado, de tratarlo y, en el Calvario, de participar y merecer el título de Madre de los Redimidos y Corredentora nuestra. Sólo María nos hace saborear el celibato, la Santa Misa, la vida eucarística, la caridad, la entrega a los demás. Un sacerdote se santifica en la medida en que es sacerdote consagrado a María. Recordemos que Santa Margarita María de Alacoque y el padre Hoyos, los grandes apóstoles impulsores de la devoción al Corazón de Jesús, estaban consagrados a María con la consagración de la esclavitud mariana. Sólo en María encontraremos las fuerzas para ser los sacerdotes santos que el mundo de hoy necesita. Racionalismos y marxismos, existencialismos y erotismos, indiferentismos y otros errores boyantes solamente pueden ser derretidos por la verdad de Jesús, el amor de Jesús, la gracia de Jesús, a través de sacerdotes totalmente dóciles a Él, como María. Nunca como en esta ocasión podemos repetir las palabras de San Luis María de Montfort, que parecen escritas para el día de hoy:

"Espíritu Santo, acordaos de producir y formar hijos de Dios con vuestra divina y fiel esposa María. Vos formasteis la cabeza de los predestinados con Ella y en Ella; con Ella y en Ella debéis formar todos sus miembros. Enviad este Espíritu, todo fuego, sobre la tierra para crear en ella sacerdotes todo fuego, por ministerio de los cuales la faz de la tierra sea renovada y vuestra Iglesia reformada."

JOSÉ RICART, PBRO.

LA CRIBA*

“Simón, Simón, he aquí que Satanás os ha pedido para cribaros como al trigo; mas. Yo rogué por tí, para que tu fe no desfallezca; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos” (Lc 22,31.32).

Al llegar la hora del poder de las tinieblas, el Padre dejó libre vía a Satanás para cribar a los apóstoles y a todos los discípulos de Jesús; el mismo Pedro caerá —como el que Satanás más ansiara cribar—, aunque vuelto pronto en sí se encargara luego de confirmar en la fe a sus hermanos. Sólo Juan, acompañando a María al pie de la Cruz, salió más o menos indemne de esa criba.

Si, como el mismo Pablo VI ha dicho, estamos en la “hora de tinieblas y de relámpagos”, síguese que el cristiano ha de tener presente que el Papa, y bajo él los obispos y sacerdotes, y aun los simples fieles, han sido pedidos por Satanás para ser cribados como el trigo. El tener esto presente nos ahorrará muchos escándalos y dificultades.

Jesús rogó para que la fe de Pedro no desfalleciera encargándole a la vez confirmar en ella a sus hermanos. Por eso la asistencia del Espíritu Santo al Papa garantiza su infalibilidad cuando enseña lo que hemos de creer, o lo que hemos de obrar *para ir al cielo*.

Y esa asistencia se ha hecho tan manifiesta en estos tiempos de crisis, que es un verdadero milagro patente para todo el que no quiera cerrar los ojos a la evidencia. Un Papa elegido como avanzado, y del que se esperaba reformara la doctrina de la Iglesia, ha enseñado cual ninguno la doctrina tradicional —recuérdense sus cartas sobre la Eucaristía, la Virgen, el S. Corazón, el Credo del pueblo fiel, la Encíclica “*Humanae vitae*”, etc.—: y la ha enseñado advirtiéndonos de que *no podía* hacer otra cosa.

Pero fuera del ámbito de esa docencia magisterial auténtica, ya no goza de la asistencia infalible del Espíritu Santo: si ha sido pedido por Satanás para ser cribado, es natural que la acción del espíritu maligno en él se note ecusadamente en todo cuando está fuera del ámbito del magisterio doctrinal que propone y declara la doctrina revelada. Si todos y siempre somos agitados de los dos espíritus —el Espíritu de Dios y el espíritu maligno—, esa agitación toma en el Papa, en la hora de tinieblas, una contradistinción casi neta,

por la asistencia infalible en un ámbito, y por abandono a la sugestión diabólica en el otro.

Por eso, la contradicción entre la doctrina del Papa y su obra de gobierno práctica, quizá más de una vez existente —como el insistir tan maravillosamente en la doctrina de fe y a la vez poner en puestos destacados a quienes la minan; o defender la doctrina tradicional del matrimonio a la vez que nombrar a dedo para su estudio una comisión que en su mayoría la combatía y haber dado lugar con sus indecisiones a que muchos fieles se habituaran a no practicarla, etc.—, no puede extrañar a nadie que sepa la hora en que nos encontramos; esa contradicción entra en los planes de la Providencia ordinaria de Dios para la hora de tinieblas, que ha de preparar el triunfo de su reino en el mundo, como preparó su triunfo personal en los cielos.

La criba separa el grano de los restos de paja, así como la harina del salvado. Así esa criba hará la separación entre los que tienen verdadera fe y quienes sólo parecen tenerla; entre los que creían, no por humildad y sumisión de su inteligencia a Dios, sino por espíritu gregario de sujeción a autoridades humanas, o porque a ellos les parecía naturalmente verdad lo que creían, y entre los que creían porque querían someter su inteligencia a Dios, sin importarles las doctrinas de los hombres ni aun las concepciones propias cuando se oponían a la palabra de Dios. Sólo esa fe es verdadera, la que cree a Dios de Dios con sujeción humilde y amorosa, y sólo los que creyeren se salvarán y pertenecerán al reino de Cristo.

La actitud del verdadero cristiano ha de ser así en estos tiempos de confusión, con relación al Papa, de sumisión humilde y total a cuanto éste enseñe como revelado, o como aplicación práctica de la doctrina revelada o simplemente como doctrina de fe o costumbres dada en nombre de la Iglesia o como profesada por la Iglesia, pues es el Pastor que Cristo nos dejó, y no tenemos otro.

Y de esa adhesión no han de apartarnos, ni las opiniones interpretativamente divergentes de los hombres dada en nombre de la Iglesia o como profesadas doctrinales de alguno o muchos obispos, ni aun la conducta práctica del mismo Papa en el gobierno de la Iglesia (no se olvide que ni aun los mayores

* Capítulo III del libro “La pasión de la Iglesia”.

santos acertaron totalmente en todos los puntos de ese gobierno).

Respecto a esa actitud práctica, cuando nos parezca desacertada y contradictoria con la enseñanza que nos da, debemos lamentarla interiormente, y aun incluso criticarla abiertamente, cuando así se juzgue oportuno para el bien de las almas; pero sin amargura. El sentimiento primero que ha de causar en nosotros es el de compasión, que se transparente en oración ferviente y continua por él, sabiendo que es la hora en que Dios mismo le ha entregado para ser cribado, y que no por eso Dios le ama menos, ni le asiste menos como a Pastor de toda la Iglesia. Normalmente, esas decisiones prácticas apenas si tocan directamente a fieles y a sacerdotes, que son más bien meros espectadores desolados de ellas; si nombra teólogos de la Iglesia a quienes minan la fe, u obispos a veces que no la defiendan ni protejan, esto ningún daño nos hará si tenemos fe sencilla, que adhiera con simplicidad a lo que el Papa enseña, sin preocuparse de opiniones de los hombres. Los teólogos no son mis maestros; y la asistencia doctrinal prometida al Papa nos garantiza que ningún daño podrán hacer a nuestra fe por el asesoramiento nocivo que a éste den.

Y si en algún caso la disposición práctica desacertada nos afectara directamente, aunque se deba hacer lo posible para que la mude, debe en tanto obedecerse; por malo que sea el plan de batalla preparado por el general, siempre será mejor seguirlo que no el que cada oficial proceda a su arbitrio con su propia estrategia, aunque en sí sea mucho mejor; así el mismo bien común nos ha de inducir a esa obediencia.

Y si en esas disposiciones o actitudes ofende nuestros más íntimos y nobles sentimientos —cosa que sólo suele producirse cuando no miran lo eclesiástico, sino lo civil, social y político—, procuremos sentir gozo de poder tener ocasión de perdonar generosa-

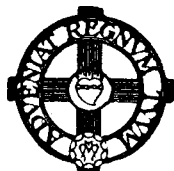
mente algo a nuestro Pastor común, y así seremos dignos de que Dios también nos perdone. Si así lo hacemos, pasaremos en paz y sin amarguras la hora de tinieblas, y en medio de ellas nos brillará la luz.

Respecto a los obispos, la asistencia de Dios a su magisterio sólo es infalible mientras su doctrina y enseñanza coincide con la del Papa; la asistencia se les prometió a los apóstoles con Pedro, no sin él, y menos frente a él. Por eso ninguna herejía de obispos —y ha habido muchas a lo largo de la historia— puede hacer peligrar nuestra fe, si sólo adherimos a su enseñanza en cuanto conforme con la de la Iglesia y del Papa.

Cribados también ellos, como los apóstoles en la Pasión, no debe extrañarnos que su actuación práctica sea muchas veces aún más desacertada que la del Papa; compadecerlos también y orar por ellos; pero resistir con firmeza pasiva y eficaz cuantas disposiciones se juzguen ruinosas para la salvación de las almas; y obedecer con paz todas las demás, por mucho que nos repugnen, que Dios bendecirá nuestra obediencia y humildad.

Aunar así el valor y la obediencia humilde en la defensa de la fe y de la moral. Es la hora de que los fieles y los simples sacerdotes se preocupen de predicar y de cumplir personalmente todo y sólo lo que Dios nos ha mandado, desligándonos en lo posible hasta del ambiente temporal; cuanto más puramente nos limitemos a predicar y a practicar toda su enseñanza, tantas más almas conservarán su fe, o la recuperarán si la han perdido; tantos más hallará el Señor dignos de pertenecer a su reino cuando llegue la hora de su visita y de su encuentro —y no se olvide que este encuentro o venida, no sólo es el general hacia el que la Iglesia se proyecta, según el CREDO DEL PUEBLO FIEL, sino también el particular de cada uno en el momento del morir, pues cual en la muerte nos encontrare, así nos encontrará en su segunda venida.

ANTONIO PACIOS, M. S. C.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

DICIEMBRE

GENERAL. — Que los cristianos entre las turbaciones de nuestro tiempo busquen el auxilio de Dios orando con más fervor.

MISIONAL. — Por un diálogo fecundo entre musulmanes y cristianos.

LA VOZ DE LOS SANTOS PADRES EN ALERTA SIEMPRE CONTRA EL ADVERSARIO

Los Santos Padres de la Iglesia de Cristo son un soberano don de la gracia divina, fruto de los merecimientos de Cristo, a la Santa Iglesia; son un magnífico regalo que Cristo mismo hizo a su Esposa, nacida de su Costado, abierto en la Cruz, y del amor de su Corazón traspasado; para que así como los Apóstoles la cuidaron, propagaron y defendieron en su nacimiento y en sus primeros años de vida divina; así los Santos Padres hiciesen lo mismo en los siglos de su crecimiento y desarrollo. Lo dijo hermosamente uno de los más insignes de ellos, San Agustín: “Después de los Apóstoles, la Iglesia santa creció con estos sembradores, regantes, cultivadores y edificadores” (Contra Lulianuh, pelagianum, II, 10, 39).

Y fue éste un designio maravillosamente previsor y divinamente providencial de Cristo, Fundador de la Iglesia; pues ella necesitaba ser iluminada y defendida en las

ingentes dificultades y peligros de los tres siglos de persecuciones por parte del Imperio Romano; y después, en el caos de los siglos subsiguientes, cuando cayeron como un alud contra ella y contra toda la civilización antigua, que la Iglesia había transformado en Cristo, las invasiones y devastaciones de los bárbaros.

Así lo hicieron los Santos Padres de unos y otros siglos, con santa fidelidad a su excelsa misión.

Ni tan sólo esto; pues en el plan de Cristo, los Santos Padres habían de quedar, como así en efecto han quedado, para todos los tiempos posteriores, como brillantes luminarias en el firmamento de la Iglesia; y como fuente riquísima e inexhaustible, de donde la Iglesia misma y sus hijos fuesen a beber las aguas saludables de la sabiduría cristiana y de la vida santa en Cristo.

CUALIDADES QUE DISTINGUEN A LOS SANTOS PADRES

Es que los Santos Padres resplandecen y se distinguen por estas tres cualidades.

a) Son ellos, en primer lugar, los testigos autorizados y los depositarios segurísimos de la Tradición Apostólica; es decir, de la Revelación divina, tal como la anunciaron y expusieron de palabra los doce Apóstoles; y la transmitieron a sus inmediatos discípulos; después de los cuales, la consignaron en sus escritos los Padres Apostólicos; y de ellos la recogieron los demás Santos Padres de los siglos subsiguientes, para atestiguarla y conservarla en su predicación y en sus tratados.

En este primer sentido, las obras de los Santos Padres son de inestimable valor; pues por ellas nos constan muchas cosas de la divina Revelación, que no están en los Sagrados Libros de la Biblia, o están solamente con revelación implícita; y además nos consta por dichas obras la Tradición Apostólica; o sea, lo que anunciaron y expusieron, como palabra de Dios, los doce Apóstoles de Cristo.

Por eso, dice de los Santos Padres el Concilio Vaticano II: “Las enseñanzas de los Santos Padres atestiguan la presencia vivificante de la Tradición Apostólica, cuyas riquezas se han transmitido, gracias a ellos, en la práctica y en la vida que cree y que ora” (Const. Dei Verbum, n. 8).

b) Son también los Santos Padres, en segundo lugar, los teólogos iluminados, que después de haber penetrado, con la oración y el estudio, los grandes tesoros de la palabra de Dios, y más que nada el inefable misterio del

amor de Dios a los hombres, y todo el misterio de la historia de la salvación humana, expusieron y comentaron con esmerado cuidado y ampliamente, en sus homilias, sermones y tratados, toda la Revelación divina; tanto la que se contiene en la Tradición Apostólica, como la que está escrita en los Libros de la Sagrada Biblia, del Antiguo y Nuevo Testamento.

De ellos, en este aspecto, dijo hermosa y atinadamente el Papa Pío XII, en su Encíclica “Divino afflante Spiritu”: “Aun cuando los Padres estuviesen acaso menos dotados de erudición profana y de ciencia lingüística que los intérpretes modernos, los de nuestra época; sin embargo, para el oficio que Dios les confió en la Iglesia, sobresalen por una serena penetración de las cosas celestiales, y por una admirable agudeza del pensamiento, con el que penetraron íntimamente las profundidades de las palabras divinas”. Es que no se detenían tanto, como lo hacen los modernos, en la corteza de la palabra revelada por Dios, y en lo que la rodea, como la historia, la arqueología, etc.; sino que buscaban el meollo, la médula de la verdad divina, su sentido verdadero e íntimo, y su aplicación práctica a la vida cristiana. Además, la exponían, no fríamente ni con investigación racionalista, sino con aquel humilde intento de hallar la verdad, al que el Señor prometió la iluminada revelación de la misma verdad. Por lo mismo, la exponían con el ardoroso afecto de amor y con la unción del Espíritu Santo, de que estaban llenos.

c) Finalmente, la mayoría de los Santos Padres son

representantes autorizados del Magisterio de la Iglesia, pues la mayor parte de ellos fueron Obispos; y dos, Sumos Pontífices, San León Magno y San Gregorio Magno; y así es que enseñaban como Maestros de la Iglesia; unidos en íntima comunión los Obispos con el Vicario de Cristo, el Papa; y los mismos Papas con su autoridad suprema de Magisterio.

Tales son las cualidades que distinguen y enaltecen a los Santos Padres, a los cuales, por dicha nuestra, es ahora más fácil el acceso, con la publicación, en castellano, de gran parte de sus inmortales obras, en la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).

Todo lo anterior era muy conveniente recordarlo, para que ahora, al llegar a nuestro particular intento, nos demos más perfecta cuenta del valor excepcional y de la suma importancia que tienen los testimonios de los Santos Padres, cuando nos transmiten y nos exponen las verdades reveladas por Dios; y nos enseñan el verdadero sentido de ellas.

Viniendo, pues, ya a nuestro objeto, digamos con toda seguridad que todos los Santos Padres, en el triple aspecto que acabamos de indicar, y con unanimidad absoluta, enseñaron, como verdad revelada por Dios, la existencia y la actividad maléfica de Satán y de sus súbditos y emisarios, los demonios; seres personales, dotados de singular inteligencia, y que tienen un poder que, subordinado y sujeto a la Omnipotencia de Dios y a su inefable Providencia, ejercitan enconadamente, movidos de su

odio a Dios y de su envidia a los hombres, con las armas del engaño y de la astucia y la asechanza, para el mal y aún la perdición de los hombres, en la medida y forma de las divinas permisiones.

Y como los Santos Padres fueron celosísimos Pastores y vigilantísimos custodios de la Grey que Cristo les había confiado, estuvieron siempre en alerta contra Satán y sus secuaces; y de tal manera, que cuando uno se acerca a sus escritos, parece que está oyendo resonar su voz de alerta contra "el adversario".

Un volumen entero sería menester para que esa voz de alerta la oyésemos todos. Por eso nos señiremos a un solo Santo Padre, a San León Magno; pero que es de excepcional valor; pues, además de haber sido Sumo Pontífice y en tiempos difícilísimos para la Iglesia, es el gran Doctor del dogma católico, y en especial del Misterio de Cristo; y juntamente un gran Doctor y Padre de la Pastoral sacerdotal en la Iglesia de Cristo.

Y aun de las obras de San León I, aduciremos tan sólo los testimonios que acerca de la susodicha verdad de la existencia y actividad de los demonios se contienen en sus admirables y elocuentísimas "Homilias sobre el Año Litúrgico", pues están ahora a mano de todos, en el volumen 291, que con dicho título ha publicado muy oportuna y acertadamente la BAC. Ni todos esos testimonios, que son muchos, sino algunos, por vía de ejemplo; y los presentaremos sistematizados, para mayor orden y claridad. Las citas serán por la Homilía respectiva, y por las páginas del citado volumen 291 de la BAC.

1.º La oposición, a muerte, de Satán contra Cristo

a) Ignoró el demonio la Encarnación del Verbo. — "El hecho mismo de que hubiese escogido el Señor nacer de una Virgen, ¿no aparece dictado por una razón muy profunda? Es a saber: que el Diablo ignorase que había nacido la salvación para el género humano, al ignorar su concepción por el Espíritu Santo; y así creyese que no había nacido de modo diferente a los demás, el que no veía diferente de los otros. Pensaba, en efecto, que Aquél en quien veía una naturaleza idéntica a la de todos, tenía también un origen semejante a todos; y así es que no conoció que estaba libre de los lazos del pecado Aquel a quien veía sujeto a la debilidad de la muerte. Pues Dios, que en su justicia y en su misericordia tenía muchos medios para levantar al género humano, prefirió escoger principalmente el camino con el que mejor podía destruir la obra del Diablo, no con una intervención poderosa, sino con una razón de equidad" (Hom. 2.ª sobre la Nat. del Señor; pág. 75).

b) El Demonio reinvidicaba para sí los derechos de tirano sobre todos los hombres. — "No sin fundamento, el antiguo enemigo, en su orgullo, reinvidicaba para sí todos los derechos de un tirano sobre todos los hombres; y no sin razón oprimía bajo su dominación a los que había encadenado al servicio de su voluntad satánica, después que ellos habían desobedecido al mandato de

Dios. Por eso, no era conforme a las normas de justicia que cesase de tener al género humano por esclavo, como lo había tenido desde el principio, sin que fuese vencido por el mismo medio de que él se había valido para esclavizarlo. Y por esto, Cristo fue concebido, sin la intervención de varón, de una Virgen a la que el Espíritu Santo, y no una unión carnal hizo fecunda" (Ib., pág. 75).

c) Al enfrentarse el Demonio con Cristo inocente, perdió todo su derecho sobre los hombres. — "Cuando el Señor, misericordioso y todopoderoso, guiaba los primeros instantes de su unión con el hombre, disimulando bajo el velo de nuestra debilidad el poder de la divinidad, inseparable de su humanidad, quedó burlada la perfidia del Enemigo, seguro de sí mismo, pues no pensó que el Nacimiento del Niño, engendrado para la salvación del género humano, era diferente que el de cualquier otro recién nacido. Vio, cierto, a un ser que daba vagidos y lloraba; le vio envuelto en pañales, sometido a la circuncisión, y rescatado por la ofrenda del sacrificio legal. Pronto reconoció los progresos ordinarios de la infancia, y hasta en los años de la madurez no dudó de su desarrollo normal. Durante este tiempo le ultrajó, multiplica contra Él las injurias, y añade maldiciones, calumnias, blasfemias, insultos; echa sobre Él toda la violencia de su furor, y le prueba de todas formas posibles. Conocien-

do con qué veneno había inficionado a la naturaleza humana, no podía jamás creer exento de la primera transgresión en quien veía todos los signos de un puro mortal. Pirata descarado y acreedor avaricioso, persistió en dirigirse contra el que nada le debía; pero al exigir por completo la ejecución de un juicio general en contra del origen viciado, sobrepasó los límites de la sentencia (Col. 2, 14) sobre la que se apoyaba, pues reclamó la pena de muerte por la injusticia contra Aquel en quien ninguna culpa se hallaba. He aquí por qué vinieron a ser caducos los términos, malignamente inspirados, de la convención mortal; y por la injusticia de pedir más, toda la deuda se redujo a la nada. El fuerte hasta entonces es encadenado con sus propias ataduras. Al príncipe de este mundo (In., 12, 31), una vez atado, se le terminó el objeto de sus capturas (Mt., 12 29). Lavada nuestra naturaleza de sus manchas antiguas, encontró su dignidad; la muerte fue destruida por la muerte (Os., 12, 14); el nacimiento restaurado por el nacimiento, pues de un golpe de rescate suprime nuestra esclavitud, la regeneración cambia nuestro origen, y la fe justifica al pecador (Rom., 1, 7) (Ib., pág. 76).

d) Locura del Demonio, y caridad de Cristo. — “Cris-

2.º El Demonio siempre es vencido por Cristo

a) Herodes se encuentra en el Diablo; pero le vence Cristo. — “Examinadas prudentemente estas cosas, amadísimos, encontramos que ni siquiera falta la persona de Herodes, del cual el Diablo, habiendo sido en otro tiempo su instigador secreto, es ahora el infatigable imitador; pues le tortura la vocación de todos los pueblos a la fe, y le atormenta la diaria destrucción de su poder. Se aflige de que es abandonado en todas partes, y de que el verdadero Rey es adorado en todo lugar. Prepara sus engaños, forja malentendidos, irrumpe en asesinatos, y, sirviéndose de los que aún engaña, arde de envidia en la persona de los perseguidores de la Iglesia y de sus hijos, echa las redes mentirosas en la fe de los herejes, se inflama de crueldad en la de los paganos. Ve, en efecto, que es invencible el poder del Rey eterno, cuya muerte ha destruido el poder de la misma muerte. Por eso, emplea todas las armas de su arte de dañar contra los servidores del verdadero Rey. Endurece a unos por el orgullo de una pretendida ciencia; pervierte a otros por las invenciones de una fe errónea; y a otros instiga al furor de la persecución. Pero la obra de este Herodes es vencida y destruida por el que ha coronado aun a los

to, para librar al linaje humano de la esclavitud originada por la mortal prevaricación, ocultó la potencia de su majestad al furor del Diablo; y no le opuso más que la flaqueza de nuestra debilidad. Si aquel Enemigo, cruel y soberbio, hubiese podido conocer el designio de la misericordia de Dios, ciertamente que hubiese preferido inspirar sentimientos de mansedumbre en el ánimo de los judíos, en vez de odios injustos, a fin de no perder el dominio de sus esclavos, persiguiendo la libertad de Aquel que nada le debía. Sí; su malignidad le engañó; infligió al Hijo de Dios un suplicio que había de redundar en remedio de todos los hijos de los hombres. Derramó la sangre que había de ser la reconciliación del mundo, y nuestra bebida. El Señor sufrió lo que había elegido según los designios de su voluntad. Se puso en manos de sus enfurecidos enemigos, los cuales, al dejarse arrastrar por su propia maldad, se hicieron servidores del Redentor. Y era tanta la ternura del amor de Cristo, en favor de los mismos que le crucificaban, que, estando en la Cruz, suplicaba a su Padre, no que los castigase, sino que los perdonase: “Padre”, dice, “perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc., 23, 34) (Hom. 12.ª sobre la Pasión; pág. 256).

niños con la gloria del martirio, y ha infundido en los fieles una caridad tan invencible, que se atreven a decir, tomando las palabras del Apóstol: ‘¿Quién nos separará de la caridad de Cristo?’” (Hom. 6.ª sobre la Epif.; página 149);

c) Tienta el Diablo a Cristo, pero es vencido por Él. — “¿A quién no se atreverá a tentar el Enemigo, pues ni siquiera se abstuvo de hacerlo fraudulentamente a Nuestro Señor Jesucristo? Nos lo ha mostrado el relato evangélico... El Diablo se alegró de haber encontrado en Él un individuo de una naturaleza pasible y mortal; y queriendo explorar el poder que Él tenía, le dice: ‘Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan’. Podía hacer esto el Omnipotente... Cuando Él lo quiso, cambió el agua en vino, en el banquete de Bodas. Pero convenía mejor a la economía de nuestra salvación, que el Señor venciese la astucia del enemigo más orgulloso, no por el poder de su divinidad, sino por el misterio de su humanidad. Finalmente, herido el Diablo, y frustrado el tentador en todas sus artes, se acercaron al Señor los ángeles, y le servían” (Hom. 2.ª sobre la Cuaresma; página 72).

3.º Actitud y acción de Satán contra los cristianos, y todos los hombres

a) Malicia, fraude y astucia del Demonio. — “Desde el instante en que la malignidad del Diablo nos hubo emponzoñado con el veneno mortal de su envidia, señaló Dios, todopoderoso y clemente, los remedios con que su piedad se proponía salvar a los mortales... Satán, después de haber engañado al hombre con su astucia, se regocijaba viéndole desposeído de los dones celestiales, despojado

del privilegio de la inmortalidad, y gimiendo bajo el peso de una sentencia de muerte. Se alegraba por haber hallado algún consuelo en sus males en la compañía del prevaricador, y por haber motivado que Dios, después de crear al hombre en estado tan honorífico, hubiese cambiado sus disposiciones acerca de él, para satisfacer las exigencias de la severidad de su justicia” (Hom. 2.ª

de la Nativ.; pág. 73). “A estas obras (las de la Cuaresma), amadísimos, para las que creemos que estáis dispuestos de buen corazón, no dudéis de que el Diablo, enemigo de toda virtud, arma contra ellas toda la fuerza de su malicia, para tender a la piedad lazos sacados de la misma piedad; y así intentar vencer por la vanagloria a los que no ha podido abatir por la pusilanimidad... ¿De quién, pues, este enemigo tan perverso no se atreverá a atacar su buen propósito?; ¿de quién no deseará que rompa el ayuno, cuando no ha contenido sus asechanzas contra el Salvador del mundo, como nos lo ha manifestado la lectura del Evangelio?” (Hom. 4.^a de Cuar.; pág. 179).

b) Daña el Diablo con la persecución manifiesta; pero mucho más con la oculta de sus insidias y engaños.— Aunque han cesado ahora las impugnaciones públicas de los impíos; y aunque el Demonio se abstiene ahora de la muerte y de los suplicios de los fieles, no fuese que la pertinacia de sus crueldades multiplicase nuestros triunfos; sin embargo, el astuto adversario cambia las cruentas enemistades en pacíficos engaños, a fin de que a los que no podía vencer con el hambre y el frío, con el hierro y las llamas, los entibiase con el ocio, los enredase con las concupiscencias, los inflase con la ambición y los corrompiese con la sensualidad” (Hom. 7.^a sobre el ayuno de Dic.; pág. 61). “El adversario, no habiendo tenido resultado con los combates abiertos, ejerce su furor reservándose medios ocultos para dañarnos... De este modo la emprende contra las costumbres de aquellos cuya muerte no ha podido conseguir. Reemplaza el pavor de las proscipciones por el fuego de la avaricia; y corrompe con la impureza a los que no ha podido combatir infligiéndoles males. Su maligna astucia, en efecto, habituada durante largo tiempo a una perversidad grande y manifiesta, no ha depuesto su odio, sino que ha cambiado el modo, tratando de someter con halagos a las almas fieles. Enciende las concupiscencias de aquellos que no puede atormentar con los suplicios; promueve discordias, alienta la ira, excita las lenguas, y para que los más vigilantes no retiren su corazón de los pecados a donde los llevan sus engaños, les facilita los medios para consumir sus culpas, pues su provecho en este gran

fraude es que con cualquier pecado se le sirva a él” (Hom. 6.^a de Epif.; pág. 146).

c) Artimañas del astutísimo enemigo.— “Este instigador y padre del pecado, bastante orgulloso primero para caer, luego bastante envidioso para dañar, no habiendo perseverado en la verdad (In., 8, 44), ha puesto toda la fuerza de su astucia en la mentira; y hace salir de esta fuente emponzoñada de sus insidias todo género de engaños. Ha querido impedir a la piedad humana la esperanza de un bien que su propio orgullo le hizo perder, y unir en una misma condenación a aquellos a cuya reconciliación él mismo no podía pertenecer. Si cualquier hombre ofende a Dios por alguna impiedad, es que ha sido engañado por la astucia de este enemigo, y pervertido por su malicia. Le es fácil, en efecto, empujar hacia todas las torpezas a los que ha engañado so pretexto de religión. Conociendo que Dios no sólo puede ser negado con palabras, sino también con obras, se empeña por arrebatarse la caridad a los que no ha podido quitar la fe” (Hom. 4.^a de las Colectas; pág. 157). “Arrancados del poder de las tinieblas con un precio tan grande (1 Cor., 6, 20), y por un misterio de tan indecible amor, como es el de la Pasión de Cristo, estando ya libres de los lazos de la antigua esclavitud, tened cuidado, amadísimos, de no dejar que el Diablo corrompa la integridad de vuestra alma con algún artificio. Todo lo que os propone, contrario a la fe, todo lo que os persuade, opuesto a los mandamientos, todo eso viene de sus engaños. Con mentiras innumerables se esfuerza por apartaros de la vida eterna, mirando él todas las ocasiones que favorecen la debilidad humana, por las cuales induce a las almas incautas y negligentes a caer de nuevo en las redes de su muerte. Recuerden todos los que han sido regenerados por el agua y el Espíritu Santo lo que han renunciado, y con qué promesas han sacudido el yugo de una dominación tiránica. Nadie recurra al auxilio mortífero del Diablo, ni en la adversidad ni en la prosperidad; pues él es un mentiroso desde el principio (cfr. In., 8, 44); únicamente es hábil en el arte de mentir para engañar a la ignorancia humana con la ostentación de una falsa ciencia, y ser ahora el pérfido consejero de los que un día será su desvergonzado acusador” (Hom. 6.^a de la Pasión; pág. 235).

4.º Proceder del cristiano para contrarrestar la acción del Diablo

a) Hay que guardarse de las redes del Demonio.— “Fundados en esta esperanza (la que se funda en la Pasión y Resurrección de Cristo), guardaos, amadísimos, de todos los ardidés del Diablo, que no sólo busca sorprender por los placeres corporales, sino que incluso siembra la cizaña de la mentira en medio del buen trigo de la fe, e intenta profanar el campo de la verdad para hacer caer con los errores impíos a los que no ha podido corromper por las malas acciones. Huid, pues, de las argucias de la doctrina del mundo y evitad los coloquios envenenados de herejes. No hagáis nada de común con aquellos que, enemigos de la fe católica, no son cris-

tianos más que de nombre” (Hom. 18 de la Pasión; página 286). “¿Para quién luchan los deseos carnales, sino para el Diablo, que tiene su alegría en llevar hacia las delicias de los bienes corruptibles a las almas que se esfuerzan por conseguir los del cielo, y alejarlas de los tronos de donde él mismo cayó? Todo cristiano debe vigilar prudentemente contra sus insidias; y nada más eficaz contra los engaños del Diablo que la benignidad de la misericordia y la generosidad de la caridad, por la cual se evita el pecado y se vence al Demonio... Este camino del amor es el que tomó Cristo para descender hasta nosotros, a fin de que nosotros por el mismo camino del

amor podamos subir hasta Él" (Hom. 2.^a de la Ascensión: pág. 309).

b) Armas para resistir al Diablo. — "Dios, Creador y Redentor del género humano, que quiere que andemos hacia las promesas de la vida eterna por los caminos de la virtud, nos ha provisto con muchas ayudas contra las tentaciones, para que podamos romper los lazos del Diablo. Entre estas ayudas ha concedido salubérrimamente a sus siervos que contra todos los engaños del enemigo se armasen con las obras de la templanza y de la misericordia... Y ya que la pena de él es la exaltación cristiana, no puede en modo alguno herir el ánimo de quienes se saben regir, con la ayuda del Señor, en su propia carne, por una razonable moderación" (Hom. 2.^a sobre el ayuno de Sept.; pág. 331). "Aquellos Maestros que enseñaron a los hijos de la Iglesia con su ejemplo y todas sus tradiciones, comenzaron los principios de la milicia cristiana con santos ayunos; y debiendo combatir contra los adversarios espirituales, tomaron pronto las armas de la abstinencia, con las cuales vencieron los halagos de los vicios, ya que los invisibles adversarios e incorpóreos enemigos no serán fuertes y poderosos contra nosotros, si no estamos ocupados en deseos carnales. El deseo de dañar, en el tentador, es ciertamente constante; pero será desarmado y sin eficacia si no encuentra en nosotros cosa alguna en que pueda combatirnos" (Hom. 2.^a sobre el ayuno de Pent.; págs. 323, 324).

Terminemos. Con estas y otras muchas clarísimas enseñanzas, iguales enteramente a las de los demás Santos Padres, puso San León Magno en alerta a los cristianos de todos los siglos contra "el adversario"; y así defendió

él con las armas de la verdad revelada "la Ciudad de Dios", de los ataques de engaños y asechanzas del Príncipe de "la Ciudad de este mundo"; y nos guió a todos en esa misma defensa, que ha de ser tarea común de todos los hijos de la Iglesia.

Por lo mismo, defendió el gran Papa, y nos enseñó a nosotros a defender la civilización cristiana de la civilización pagana, o semi-pagana, que es la de nuestros días. Vemos con profunda pena que, en realidad, Satán influye con ardides y asechanzas en las mentes ligeras y superficiales, y más en las mentes de los que presumen de sí mismos con orgullosa autosuficiencia.

Empero, como dijo con apostólica valentía el Santo Papa Pío X, "Hay que recordarlo enérgicamente en estos tiempos de anarquía social e intelectual, en que cada individuo se constituye en doctor y legislador...; no se edificará la Ciudad de un modo distinto a como Dios la ha edificado; no se levantará la Sociedad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos. No; la civilización no está por inventar, ni la nueva Ciudad por construir en las nubes. Ha existido, existe; es la civilización cristiana; es la Ciudad Católica. No se trata más que de instaurarla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos; y de defenderla contra los ataques siempre nuevos (los de Satán), de la utopía malsana, de la revolución diabólica, de la impiedad" (Carta sobre Le Sillon, "Notre charge apostolique", I, 2).

A través de los siglos, se unen concordes las enseñanzas de los Santos Padres, como las de San León Magno, y las de los Papas modernos, como San Pío X. Ambas brotaron de una misma fuente: la divina Revelación; y ambas fueron dadas con interpretación del todo segura, pues fue con la asistencia del Espíritu Santo.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

SAN ANTONIO M.^a CLARET: SU CARISMA

Los misioneros Claretianos han honrado el Centenario de la muerte de su Santo Fundador con la inauguración en Vic del Templo que ha de guardar sus venerados despojos (24-X-70).

Todos cuantos nos sentimos vinculados a S. Antonio M.^a Claret nos gozamos de tener ya dignamente honrado su cuerpo. Pero no es esto lo más importante. Nos urge aún más el deber de guardar íntegro, inviolado su espíritu: su carisma. Ya S. Pablo avisaba a la primera generación cristiana que no dilapidara el

patrimonio espiritual de los Profetas y Apóstoles que les predicaron: "No apaguéis el espíritu, no menospreciéis el carisma" (1 Tes. 5, 20). Ni podemos despreciar, ni podemos permitir se extinga el espíritu, el carisma de S. Antonio M.^a Claret.

I. S. ANTONIO M.^a CLARET: MISIONERO

¿Cuál fue el carisma peculiar del P. Claret? El Concilio Vaticano al hablarnos de los carismas nos

dice: “El Espíritu Santo reparte entre los fieles gracias especiales con las que dispone y prepara para realizar variedad de obras y de oficios provechosos para la renovación y una más amplia edificación de la Iglesia: son los carismas” (L. G. n. 12). Es evidente que para la renovación y más amplia edificación de la Iglesia el carisma más rico y más eficiente es el de “Misionero”. El Misionero es una voz, un viento, un fuego del Espíritu Santo. Su misión y su función es despertar y alertar, purificar y curar, vigorizar y entusiasmar, encender y abrasar.

El P. Claret sintió esta llamada y esta irrupción del Espíritu Santo que le urgía de modo insistente, inequívoco e irresistible al apostolado. Nos lo dice él mismo en su autobiografía: “Había pasajes de la Escritura que me hacían tan fuerte impresión, que me parecía oír una voz que me decía a mí lo mismo que leía... Muchos eran estos pasajes, pero singularmente los siguientes: “Yo te he tomado de los extremos de la tierra. Y te dije: Siervo mío eres tú; yo te escogí y no te deseché”. Con estas palabras conocía cómo el Señor me había llamado sin mérito ninguno de parte de patria, padres ni mía.

“No temas que yo estoy contigo; te conforté y te auxilié y te amparé mi derecha.” Conocía los grandes enemigos que tendría y las terribles y espantosas persecuciones que se levantarían contra mí; pero el Señor me decía: “Yo soy el Señor tu Dios que te tomo por la mano y te digo: no temas, yo te asisto”. Lo mismo me sucedía al leer el profeta Ezequiel. Singularmente al leer estas palabras: “Hijo del hombre, te he puesto por centinela a la casa de Israel; y oirás la palabra de mi boca y se la anunciarás de mi parte”. En muchas partes de la Biblia sentía la voz del Señor que me llamaba para que saliera a predicar. En la oración me pasaba lo mismo. Así es que determiné dejar el curato, ir a Roma y presentarme a la Congregación de la Propaganda Fide para que me mandase a cualquier parte del mundo” (BAC: 188, p. 222).

Estas tres llamadas: la de la Escritura, la de la oración y la de la Jerarquía, todas tan concordadas dan al carisma misionero del P. Claret tal claridad y urgencia tan apremiante, tal dinamismo, efervescencia y virtualidad que entre los misioneros de toda la historia, él descuella como gigante. En el celo, en la ambición de metas, en la audacia de métodos, en los viajes y persecuciones sólo Pablo le es comparable. Y precisamente Pablo es el modelo que a él le entusiasma: “También me anima mucho lo que hicieron los apóstoles. Pero lo que me entusiasma es el celo del apóstol S. Pablo. ¡Cómo corre de una a otra parte, llevando



como vaso de elección la doctrina de Jesucristo! Él predica, escribe, enseña en las sinagogas, en las cárceles y en todas partes; trabaja y hace trabajar oportuna e importunamente; sufre azotes, piedras, persecuciones de toda especie, calumnias las más atroces. Pero no se espanta, se complace en las tribulaciones; y llega a decir que no quiere gloriarse sino en la cruz de Jesucristo” (Autob. n. 224).

El carisma misionero cumple como ningún otro su función de renovar y vigorizar la Iglesia. El del Padre Claret renueva y revitaliza Cataluña de 1835 a 1848; las Islas Canarias durante los catorce meses que dedicó a misionarlas; la Diócesis de Santiago de Cuba en los seis años que la rigió como Arzobispo-Misionero; y España entera los años 1857-1868. Su cargo de Confesor Regio lo aprovechó para programar y realizar la recatolización de España. Lo que de Canarias escribió J. Artiles: “La historia religiosa de Canarias se divide en dos partes: antes y después del P. Claret”, puede decirse igual de Cataluña y aún de España entera.

II. MISIONERO POPULAR

Al carisma de Misionero acompaña siempre un Mensaje. El Mensaje que Dios confía a su enviado.

Se lo confía para que lo haga llegar a sus destinatarios. En la historia de la Iglesia se diversifican los misioneros como en el cielo las estrellas o como en el jardín las flores. Diversidad en el tema evangélico que les incumbe acentuar, iluminar o profundizar en orden al desarrollo vital, armónico y pleno de la vida cristiana. Y diversidad en cuanto a los auditorios a los que son enviados.

Y aquí queda inconfundiblemente marcado S. Antonio M.^a Claret. Es Misionero-Popular. Misionero-Popular porque debe traducir el Evangelio y todas sus enseñanzas para que las multitudes sencillas las vivan y se nutran de ellas.

Misionero-Popular porque su púlpito y su confesionario tenían siempre hervor y olor de multitud: “Tengo que predicar en las plazas, porque aunque las iglesias fueran cinco veces mayores de lo que son no contendrían las gentes”, decía en una carta, Misionero-Popular porque acertó como nadie a nivelarse con el pueblo y a entrañarse en él para elevarlo hasta Dios. Comprendía y amaba al pueblo y el pueblo le comprendía y amaba a él: “Como siempre iba a pie me juntaba con arrieros y gente ordinaria, a fin de poder hablar con ellos de Dios e instruirles de religión, con que ellos y yo pasábamos insensiblemente el camino, y todos muy consolados” (Autob. n. 461). Ciertamente, todos muy consolados; ellos y el Misionero. Ellos con el consuelo de haber compartido la amistad y conversación de un santo y de haber recibido el regalo de sus consejos y de su bendición. Y él consolado al poder dejar semillas de gracia en aquella tierra virgen y fecunda que es siempre el corazón del pueblo. Consolado cuando en Cataluña todas las poblaciones querían la misión y todas las almas la absolución de Mosén Claret; cuando en Canarias todos le llamaban “el Padrito”; cuando en los viajes de la Reina por España, halla él la providencial coyuntura de seguir la nación de punta a cabo para revitalizar con sus sermones la fe y la piedad, y para inundarla de libros y folletos de sana lectura popular.

En sus escasos treinta años de vida ministerial ha predicado más de veinticinco mil sermones. Ha escrito y publicado ciento veintiuna obras, que forman ciento cuarenta y cinco volúmenes con un total de veintiuna mil páginas. Allí donde no llega su voz de misionero llega ciertamente la de su libro o la de sus hojas volanderas. A finales de siglo las ediciones de sus obras sobrepasaban los once millones de volúmenes. Su famoso *Camino Recto* acaba de alcanzar en Cocolsa la 185.^a edición.

Nos ayudará a conocer este carisma de Misionero-

Popular característico del P. Claret este resumen que nos da uno de sus biógrafos: “Fue propagandista formidable. El P. Claret dice: Un libro bueno es la mejor limosna que puede hacerse. El libro es una predicación continuada”. La propaganda de libros buenos fue en él una obsesión. No se contenta con trabajar él sólo. Es creador de tres instituciones importantísimas para la difusión del libro: “La ‘Librería Religiosa’ que él personalmente montó, que a los dieciocho años de funcionamiento había impreso tres millones de libros, dos millones de opúsculos y cuatro millones de hojas volantes; la ‘Academia de S. Miguel’, que en los ocho primeros años repartió gratuitamente ocho millones de libros y folletos; las ‘Bibliotecas Parroquiales y Populares’”, que el primer año contaban con cuarenta y siete centros y tenían en circulación doce mil volúmenes. Durante los seis años de Arzobispo de Cuba regaló doscientos mil libros. Y una nota suya dice: ‘Hojas volantes y estampas en los ocho años de estar en Madrid no bajarán de novecientas mil’. Y el P. Claret no cobró jamás por sus sermones y por sus libros ni un solo céntimo” (Feder. Gutiérrez, C. M.F.).

Tenían razón los Canarios en decir: “Misionero ha habido muchos, pero como el Padrito Claret ninguno”. Como desde su punto de vista lo decía en Cataluña el anarquista J. Brossa: “Ese P. Claret nos causó un daño inmenso”.

No caigamos en un equívoco. Misionero-Popular no equivale a vulgar, plebeyo, encogido. Equivale antes bien a generoso, sencillo, llano, universal. ¿No es acaso el pueblo la cantera de la sociedad? ¿No nutre todo el árbol quien nutre sus raíces? Porque es básico y sin límites el apostolado del P. Claret. No hay zona religiosa y aun civil de la España del siglo XIX a la que no llegue el influjo vivificador de este Apóstol gigante. No hablemos del inmenso influjo del Arzobispo de Cuba entre los obispos españoles y en el Concilio Vaticano I; ni del influjo del Confesor Real entre los grandes y poderosos; influjo, por supuesto, no político sino religioso y purificador.

Son todas las almas grandes de su tiempo, son todas las empresas generosas las que reciben del P. Claret luz, vigor, impulso. Micaela del Smo. Sacramento, Joaquina de Vedruna, Esperanza González, Domingo Sol, Enrique Ossó, Joaquín Masmitjá, José Tous, Francisco Coll, Francisco Palau, Francisco Butiñá, José Caixal, Benito Vilamitjana, Juan Collell... Estos Fundadores y las obras de ellos nacidas, ¡cuánta savia vital recibieron de este gran Misionero-Popular, que por esto mismo lo era de todos, santos y pecadores!

III. PADRE DE MISIONEROS

El P. Claret a más de Misionero-Popular fue Misionero-Fundador. “El carisma de los fundadores no es un don individual sino social; de ahí le viene su transmisibilidad y su perdurabilidad”.

Debe, por voluntad de Dios, perdurar el carisma misionero del P. Claret. Debe perdurar en sus hijos y en otros en quienes revivirá y palpitará el espíritu Claretiano.

Hoy la Familia Claretiana cuenta con 3.300 Misioneros Hijos del Indo. Corazón de María y más de un millar de Religiosas de Enseñanza de María Inmaculada. Ejercen el apostolado al estilo de su Fundador y Padre en 11 naciones de Europa, 21 de América, 2 de Asia y 3 de África.

Todo misionero Claretiano sabe muy bien cómo le quiso y le soñó el P. Claret. Todo misionero Claretiano tiene siempre ante los ojos la que él llama: “Definición del Misionero”. Es la que, retratándose a sí mismo, hizo su santo Fundador. En efecto, el P. Claret envió al P. Xifré, Superior General de los misioneros, el siguiente documento: “Recuerdo que Antonio M.^a Claret con frecuencia se hace a sí mismo: un Hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa; y desea eficazmente y procura por todos los medios posibles encender a todo el mundo en el fuego del divino amor. Nada ni nadie le arredra, se goza en las privaciones, aborda los trabajos, abraza los sacrificios, se complace en las calumnias, se alegra en los tormentos y se gloria en la cruz de Jesucristo. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en trabajar, sufrir y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas”. En la carta que acompaña el precedente recuerdo decía: “Aquí va este papelito, que quisiera que cada uno de los misioneros copiara y llevara consigo” (BAC, 188, p. 328). No podía el P. Claret dejarnos mejor delineado su carisma. Al querer definir al misionero ha proyectado hacia nosotros sus más ricas vivencias apostólicas.

Un misionero forjado en el temple claretiano es así de valiente y entregado. Con una meta única: la mayor gloria de Dios; con un camino seguro: el del

calvario; con un instrumento infalible: el Corazón de la mejor de las Madres; con ambiciones infinitas: todas las almas, todo el mundo, todos los medios; con una eficacia salvadora: arde en caridad, abrasa por donde pasa; prende a su paso, en todas las almas, el fuego del divino amor.

Hoy que el ministerio sacerdotal busca con sinceridad, aunque no siempre con acierto, encarnarse lo máximo para ser más y más eficiente, podríamos orientarnos en los ejemplos del P. Claret y en éstas sus palabras: “El Señor me dio a conocer que no sólo tenía que predicar a los pecadores, sino también a los sencillos de los campos y aldeas; había de catequizar, predicar, etc., etc., y por eso me dijo aquellas palabras: los menesterosos y los pobres buscan aguas y no las hay; la lengua de ellos se seca de sed. Yo el Señor les oiré; yo el Dios de Israel no les desampararé”. Y de un modo muy particular me hizo el Señor entender aquellas palabras: Spiritus Domini super me et evangelizare pauperibus misit me Dominus et sanare contritos corde” (Autob. BAC: 18, p. 122). En nuestros días estas muchedumbres que mueren de sed están por igual desparramadas por los campos que apiñadas en las ciudades. Necesitan urgentemente misioneros a lo Claret.

Que este año centenario nos traiga un diluvio de gracias de recristianización a ese pueblo que tanto amó el P. Claret.

Y nos traiga un diluvio de su carisma misionero a sus misioneros. Aquel su carisma que no puede ser mera historia o recuerdo de museo, sino ímpetu y dinamismo de Espíritu Santo; que por ser Vida y Espíritu convive y se amolda y se desarrolla y se explicita con los misioneros de cada generación de la historia.

Los Claretianos de la Provincia Madre de Cataluña, que guardan las mejores reliquias y recuerdos del P. Claret y que con amor filial le acaban de construir dos magníficos monumentos en Sallent y en Vic, le piden a su Santo Fundador en este año centenario, les otorgue que sepan conservar y desarrollar al máximo su carisma Misionero para que sean sin reposo y sin desaliento en todos los campos y en todos los apostolados los Misioneros que hoy pide y necesita el “Pueblo de Dios”.

J. M. SOLÉ ROMÁ, c. m. v.

LA ESPERANZA ECUMENICA DE LA IGLESIA

Por fin ha aparecido en las librerías el nuevo libro de la esperanza (1). Y digo *por fin*, porque su aparición supone la culminación de un largo proceso de redacción y de superación de dificultades. Decir ahora unas palabras de autocrítica del libro no es tan fácil, ya que cuando una obra ha sido gestada en largo período de años, necesariamente el amor crece y puede colorear el cristal con que se mira. Si el autor es quien por una parte mejor comprende la intención y envergadura de su obra propia, por otra es cierto que su juicio va teñido con matiz de paternidad, que le hace perder imparcialidad.

El verde color de las cubiertas despojables del libro habla ya de esperanza. Y esperanza es la palabra que mejor define el contenido del volumen. Pero una esperanza de calidad extraordinaria, esperanza del triunfo del reino de Cristo y de la obra de Dios sobre el mundo.

Quería hacer un homenaje al P. Enrique Ramière, de quien repetidas veces han leído los lectores de esta revista. Leí su libro sobre las esperanzas de la Iglesia, que ha publicado esta misma editorial de la revista (2), allá por el año 1945, año de mi ordenación sacerdotal. Estaba preparando una conferencia sobre el Apostolado de la Oración y su fundador, que apareció después en el *Mensajero* (junio-setiembre 1945), y leí sus obras para documentarme sobre su figura. La profunda impresión que su aliento de esperanza marcó en mí, orientó un camino en mi vida. La garra de las ideas de esperanza de Ramière me había tocado. Años más adelante una profunda evolución del pensamiento trajo a primer plano en mi conciencia estas ideas de altísima esperanza. Comencé a madurar el tema, pero habíam de pasar muchos años hasta que este libro que ahora he presentado alcanzase su plenitud actual. Voy a comentarla.

★ ★ ★

En primer lugar había visto, en larga experiencia, que las dificultades que siempre se oponían a esta verdad del reino universal de Cristo sobre la tierra, concebido como plenitud moral de la expansión católica en el mundo, provenían o de no entender el alcance de su formulación, o de encontrar inválidos los argumentos que lo apoyaban.

La no inteligencia de su alcance conducía fácilmente a estimar tal afirmación y doctrina peligrosa, o resabiada de algún milenarismo. Mas para el que atentamente considere lo que se afirma tal desviación es ajena totalmente a la doctrina propuesta. Ya el P. Ramière tuvo que defenderse de tal acusación, invalidada claramente, y con-

tradicha por la aprobación prestada a su libro por la suprema autoridad de Pío IX a través de su secretario, como puede verse en el Breve dirigido al Padre, que figura al frente de la edición de *CRISTIANDAD*. He aquí las palabras de Ramière, dolorido: "Un trabajo semejante (al que emprendemos), encerrado en estos límites (de una victoria moral general de la Iglesia en el mundo), de los que estamos resueltos a no desviarnos, no puede, a nuestro modo de ver, ser tachado de temeridad; y los mismos que rehusarían aprobar la manera cómo ha sido realizado (sus censores, tal vez), no podrían menos de alabarnos por haberlo emprendido" (ob. cit. ,p. 9). Y también, en una nota: "No pretendemos, en manera alguna, hacer causa común con los milenaristas, ora antiguos, ora modernos. El carácter propio de los milenaristas consiste en admitir dos resurrecciones y en hacer reinar visiblemente a Jesucristo en la tierra con los santos. Ahora bien, de ninguna manera estamos dispuestos a defender esos dos puntos". (ib., p. 300). Sus palabras siguen siendo totalmente válidas para nuestra obra, en este punto.

La fuerza de los argumentos que apoyaban la tesis era fácilmente negada por los que no querían admitirla. Ramière apoyó su trabajo en esta triple argumentación: las leyes de la divina Providencia, las tendencias de la sociedad moderna en su evolución y desarrollo histórico, y finalmente las divinas revelaciones del Antiguo Testamento, y de algún santo, como santa Hildegarda y la devoción del Sagrado Corazón con el dogma de la Inmaculada.

El profesor del Seminario de Barcelona, Dr. Matabosch Soler, ha mostrado claramente, a juicio mío, que los dos primeros caminos de prueba no conducen a una demostración propiamente dicha, sino a una congruencia o ve-rsimilitud (3).

Respecto del tercer camino, que debía ser, y era sin duda en la mente de Ramière, el principal para confirmar su afirmación (cf. p. 259: "tenemos otros fundamentos más firmes aún..."), debemos advertir que los pasajes bíblicos en que la apoya son todos del AT, exceptuado uno del Apocalipsis, oscuros en sí mismo, y el clásico de san Pablo en Rom. 11, 25, sobre la conversión de los gnetiles antes de Israel. Pero este mismo válido texto del NT es tratado de manera transitoria (p. 283) por Ramière. Matabosch ha creído poder denegar aun a este pasaje mismo la fuerza probatoria absoluta. Y así ha llegado a la conclusión de probabilidad de la tesis, que no es poco desde luego, pero tampoco es bastante para ponerla como base de una esperanza fundada.

Respecto del otro camino de investigación o apoyo de

(1) JUAN M. IGARTÍA, *La esperanza ecuménica de la Iglesia*, Madrid, 1970, BAC, 2 vols., 727-707 págs.

(2) RAMIÈRE, *Las esperanzas de la Iglesia* (Publicaciones Cristiandad), Barcelona, 1962, 352 págs. + XXXIX del prólogo, del P. E. GUERRERO, s. J. En 1945, utilizó naturalmente el texto original francés.

(3) A. MATABOSCH SOLER, *La Iglesia y sus esperanzas*. Algunas opiniones modernas acerca del porvenir de la Iglesia. Colectánea San Paciano, Barcelona, 1965, 234 págs.

una verdad revelada, que es la tradición de la Iglesia, propuesta en los escritos de su magisterio, Ramière ha presentado el famoso pasaje de la Bula dogmática de la Inmaculada en que Pío IX muestra una "firme y absoluta confianza y esperanza" del suceso, según Ramière. El cual veía ya la fuerza que había que dar a esta fuente al proponer el pasaje al principio y al fin de su libro, como encerrando su proposición en un glorioso paréntesis de fuerza doctrinal (id., pp. 2 y 342).

★ ★ ★

A la vista de estas dificultades probatorias nuestra idea para abordar el tema fue la siguiente: hemos de buscar la veta del magisterio y de la conciencia que la Iglesia tiene de esta verdad, pues por el camino directo de las pruebas bíblicas nunca llegaremos sino a resultados discutidos. Nos encontrábamos a un siglo de distancia de Ramière, y ello nos dio un magnífico resultado en nuestra obra.

En efecto, es precisamente a partir de Pío IX y de su Bula dogmática sobre la Inmaculada cuando la Iglesia va avanzando en la claridad de la conciencia de esta verdad. Y durante el siglo transcurrido propone numerosas muestras de la misma, hasta llegar al Concilio Vaticano II.

Decidimos, pues, primeramente emprender una búsqueda exhaustiva de documentos y pasajes relativos a este punto de la plenitud del triunfo de la Iglesia y conversión del mundo. Fue labor paciente y larga. El resultado obtenido justificó nuestra intuición del camino. Varios centenares de pasajes fueron alineados, y hoy figuran en la colección de textos que en la obra proponemos al fin del segundo volumen, pp. 310-688. Establecida esta serie de textos, comenzamos una cuidadosa, y aun minuciosa para algunos, investigación del resultado obtenido al cotejarlos. Deseaba así apoyar el resultado lealmente en solo los resultados enteramente objetivos que los textos presentasen. El resultado de esta investigación forma la primera parte de la obra. Ella sola basta para justificar el trabajo entero.

El resultado proclama abiertamente que, en efecto, en la Iglesia de este último siglo desde Pío IX hasta el Vaticano II, hay una conciencia de claridad grande acerca de esta esperanza. La proclamación de la Bula *Ineffabilis* no había sido un hecho aislado, sino a floración a distancia de una poderosa corriente de la esperanza. Planteados en la obra dos poderosos pilares de la afirmación (el decreto de religiones no cristianas del Vaticano II y la epístola *Praeclara* de León XIII, que toca el tema directamente en sí mismo en amplio desarrollo), trazamos la línea firme del puente de la esperanza con los restantes testimonios coincidentes de los otros Pontífices de este siglo (1848-1965).

El resultado era coincidente con nuestras provisiones. Ramière había intuido claramente el sentido eclesial. Se le podía hacer esta justicia, aun reconociendo que no

pudo presentar prueba en sí misma concluyente de la tesis, aún inmadura en su claridad en aquel tiempo.

★ ★ ★

Las argumentaciones deducidas de la palabra revelada escrita debían sin duda encontrar su puesto. Pero no quise presentarlas desconectadas con los testimonios del magisterio, sino simplemente ceñirme a los textos del Nuevo Testamento que el magisterio mismo presenta como motivos de su esperanza. En primer lugar se subraya así que es el mismo magisterio en sus documentos el que aduce tales textos bíblicos. Hallamos, pues, directamente los que la Iglesia en su mirada certera juzga más directamente relacionados con la esperanza ecuménica. Están tomados de San Juan, San Pablo y San Mateo. La profecía del Buen Pastor (Jn. 10, 16), la oración de Jesús en la cena (Jn. 17, 21-23), el misterio revelado por Pablo (Rom. 11, 25-26), la concurrencia en la unidad de la fe (Ef. 4, 13), la oración del Reino en el Padrenuestro (Mt. 6, 10).

De todos estos fundamentos, aducidos por los documentos, como puede verse Ramière sólo había citado, y ello pasajeramente, el de la epístola a los Romanos, como he dicho. En cambio se entregó a la exégesis del Antiguo Testamento, principalmente Isaías, y Ezequiel, y tomó del Nuevo Testamento un pasaje del Apocalipsis. Había acudido a las fuentes más difíciles para la prueba, y el resultado fue incierto.

Por ello, he examinado cada uno de estos testimonios, después de mostrar el uso que los documentos hacen de él. De modo singular quise verificarlo en Jn. 10, 16 y para ello verifiqué una colección exhaustiva de los testimonios eclesiales que incluyen este versículo desde San Pedro hasta el Vaticano II. Es la primera serie de textos de la antología. En ella, la serie recogida hasta llegar a Pío IX (n. 1-185) sirve para este fin. Los restantes de la serie, desempeñan una doble función: desde Pío IX algunos, en efecto, contienen pasajes de la esperanza, y tanto ellos como los demás sirven para el pensamiento de la Iglesia en relación a ese versículo.

En todos esos pasajes he hecho un leal y completo intento de exégesis literal de los diversos pasajes citados del Nuevo Testamento, para examinar en qué grado concuerda la exégesis directa con el uso hecho por los documentos. El resultado es alentador. Según creo, muestra cuán fundamentadamente recurre a ellos el magisterio de la Iglesia en este punto.

¿Qué decir del Antiguo Testamento? Creo que a esta luz deducida de la interpretación del Magisterio, y la luz proyectada de su pensamiento sobre el Nuevo Testamento, puede ya confiadamente volverse hacia el Antiguo Testamento, y examinar numerosos pasajes, que sin duda podemos pensar que contienen esa misma verdad, ya demostrada como revelación por otro camino. Entre ellos, sin duda, los aducidos por el propio Ramière, que cobran mejor luz.

★ ★ ★

Finalmente en la tercera parte de la obra hago un estudio teológico del objeto de esa esperanza deducida, mostrando sus límites concretos en la medida posible, su plan de realización, y otros puntos de interés relacionados con el tema.

El capítulo último de esa tercera parte es de singular importancia, al tratar de valorar doctrinalmente los resultados obtenidos en la primera y segunda parte. Si los resultados han sido valorados justamente, nos hallamos ante un punto doctrinal de importancia no bastante advertido por la teología, o rechazado por algunos. La luz se abre paso con lentitud a veces, y podemos repetir lo que dijo en su obra el propio Ramière: "Si pudiéramos pensar que nuestro libro ha adelantado un solo día la conclusión de dicha concordia (de la Iglesia con la sociedad universal), sería para nosotros esta esperanza la más dulce de las recompensas" (ob. cit., p. 14).

Así repetiremos: si nuestra obra contribuye a fomentar esta esperanza, aunque sólo sea en un alma, y por ella en la Iglesia, y a abrir camino con esto a su más presta realización, sabiendo que es obra de Dios y que necesita la cooperación de los hombres, ésta será nuestra más dulce recompensa, ni queremos otra.

★ ★ ★

Este ideal es propio de la Schola Cordis Iesu, a quien la infundió aquel hombre lleno de ideal que se llamó el

P. Ramón Orlandis. Sea nuestra obra un homenaje también a su memoria. Y para que sea más efectivo nos proponemos editar en esta revista un nuevo volumen complementario del primero. En él trataremos de hacer revivir el ambiente y pensamiento sobre este tema de los pontífices desde Pío IX hasta Pablo VI. El orden cronológico de las figuras ayudará penetrar mejor el pensamiento de cada uno de ellos.

Y juntamente añadiremos el pensamiento de algunos teólogos, entre ellos el del propio Ramière sobre ese tema, así como (de especial interés para Barcelona) el resumen de la posición del docto profesor A. Matabosch Soler, cuyo libro "La Iglesia y sus esperanzas", tiene especiales valores en relación al tema, aunque lo creamos incompleto a la luz del nuestro.

También presentaremos, como Ramière, el testimonio de los santos (santa Hildegarda, San Luis Grignión de Monfort, Fátima, etc.) como luz complementaria del carisma eclesial. Daremos cima así, al par que presentamos testimonios de las iglesias separadas, a este tema central. Pero nos parece que tiene tanto valor, y tantas ramificaciones, que deseáramos completarlo luego más aún, con derivaciones escriturísticas, teológicas y escatológicas, y con una nueva y más completa valoración moderna de la devoción insigne del sagrado Corazón, que Ramière previó también que tenía íntima conexión con este grande tema. Ayude el Señor nuestros propósitos.

JUAN M. IGARTÚA, S. J.
Universidad de Deusto-Bilbao

Escuchad la voz del Señor, hombres mentirosos, que domináis al pueblo mío; pues vosotros dijisteis: "hemos hecho pacto con la Muerte y un convenio con el Infierno; cuando venga el azote, como un torrente, no llegará a nosotros, porque nos hemos apoyado en la mentira y ésta nos pondrá a cubierto."

Por tanto, esto dice el Señor Dios: "He aquí que yo pondré en los cimientos de Sión una piedra; piedra escogida, angular, preciosa, asentada por fundamento; cuantos creerán en él no serán confundidos. Y ejerceré el juicio con peso, y la justicia con medida; y el pedrisco trastornará la esperanza puesta en la mentira, y vuestras defensas las inundarán las aguas. Y el contrato vuestro con la Muerte será cancelado, y vuestro pacto con el infierno no prevalecerá. Y cuando como un torrente vendrá el azote, os arrastrará consigo. Al instante que venga os arrebatará: porque vendrá muy de madrugada, y continuará día y noche: y sólo la aflicción hará entender lo que habéis oído."

(Isaías, XXVIII, 14-19)

EL BIELDO Y LA CRIBA

CON MUCHISIMO DOLOR.....

Con íntimo sentimiento de tristeza ante las cosas que hoy ocurren, hemos leído el número de "La Vanguardia Española" del domingo 20 de septiembre de 1970 ppdo., dedicado, en gran parte, a la conmemoración del Centenario de la Unidad Italiana, especialmente el artículo titulado "Cien años de la pérdida de los Estados pontificios" - "Sus repercusiones en la vida de la Iglesia", debido al P. Antonio Borrás y Feliu S. J.

Mucho hemos dudado antes de escribir estas líneas, y referirnos a él. Pero no queda otro remedio. No puede ser. Ya no es posible dejar pasar estas cosas, en nombre de una cortesía o de un respeto — salvando el que personalmente nos merece su autor —. En esta forma, ya estamos en plan de dejar pasarlo todo.

Tanto más sensible tratándose de un miembro de la Compañía, cuya característica más gloriosa ha sido siempre la de la absoluta adhesión al Vicario de Cristo.

Nos vemos obligados a reproducir distintos párrafos, con una breve refutación de cada uno de ellos. Cierzo que escogemos aquellos que más nos han herido; otros hay, ciertamente, que parecen demostrar y así sinceramente lo creemos — buena voluntad de parte del citado autor. Mas los que reproducimos son de tal bulto, y demuestran, por desgracia — achaque común de los tiempos — por lo menos una falta de ponderación tan lamentable para quien trata cuestiones tan graves (y que pueden, aun, causar escándalo en los lectores poco enterados), que es imprescindible reaccionar contra ello. Tanto más cuanto que agrava la materia, el hecho de haber aparecido en el diario más considerable de España y probablemente el de mayor

información de Europa, el cual, de poseer mejor espiritualidad, sería para nosotros un verdadero orgullo: "La Vanguardia", a cuyo sentido de responsabilidad nuevamente — pues ya lo hemos hecho otras veces — para lo sucesivo apelamos, en el anhelo de que no repita inserciones como la que deploramos.

Aquellos que peinamos canas — lo que suponemos no puede suceder al autor del poco feliz escrito —, ante el estilo de los párrafos que vamos a transcribir, nos creeríamos trasladados al de los clásicos y viejos periódicos típicamente anticlericales de fines y principios de siglo, con toda su tópica mediocridad.

El artículo en cuestión comienza: "El día de la entrada de las tropas piamontesas en Roma, dominaba en las altas esferas curiales la impotencia y la obcecación..."

Y sigue así:

"Centralismo exacerbado. — ... A la pérdida — siempre se juzgaba transitoria — de unos terrenos, debía suceder una mayor cohesión espiritual. Se intensificó la concentración de las fuerzas en Roma: el centralismo llegó a las máximas consecuencias; sobre todo a partir del Gobierno de Pío X y de su reforma de la Curia. El integrismo del Cardenal De Lai se impuso y en la redacción del decreto que debía regular las visitas de los obispos "ad Limina" parece considerarle como meros ejecutores de las órdenes de la Curia. El Orden episcopal quedó reducido a un quasi mero servicio administrativo y litúrgico. Este centralismo exacerbado será una de las características del catolicismo en los últimos cien años".

Y olvida el articulista que, precisamente con este "centralismo" y con esta Curia, la Iglesia en estos cien años se ha extendido por to-

das partes, penetrando profundamente incluso — quizá donde más — en los Estados Unidos, transidos de democracia y de espíritu moderno.

Prosigamos.

"Imposición ideológica. — Junto al centralismo administrativo la imposición ideológica. Nos resulta impresionante la instrucción dirigida por la congregación para Asuntos Extraordinarios a los cristiano-demócratas italianos el 27 de enero de 1902: «La democracia cristiana, a la hora de realizar su programa, está gravemente obligada a seguir las normas de la autoridad eclesiástica, a someterse totalmente a ellas y a obedecer a los obispos y a sus representantes. Los periodistas y autores católicos han de someter su entendimiento y su voluntad a los obispos y al Papa en todo aquello que concierne a la religión y a la acción de la Iglesia en la sociedad»."

¿Qué tiene de particular que la Jerarquía exigiese obediencia y disciplina?

Aparte de que vemos que se limita a lo que concierne a la Religión. Continuemos.

"Y si en el terreno de las decisiones políticas se exigía esta absoluta obediencia, podemos sospechar lo que se exigiría en los niveles teológicos.

Frente a la decadencia de los estudios superiores, León XIII impulsó el retorno a las fuentes; pero éstas, en lugar de ser (además de la Sagrada Escritura) los Santos Padres, se situaron prácticamente en la doctrina de Santo Tomás. A partir de aquel momento cristalizó la idea de que esta filosofía era la única que podía explicar el dogma católico. Se impuso por todos los medios la neoescolástica, como panacea universal y se impidió todo nuevo camino de renovación. Los auto-

res que buscaban un diálogo con el mundo moderno fueron retirados de sus cátedras y sus libros prohibidos. El llamado «Índice de libros prohibidos» vino a sustituir a las hogueras del medioevo. La Curia mandaba y era inútil toda resistencia.”

Sencillamente lamentable.

Aparte de que, nadie mejor que los jesuitas, saben bien que, si es verdad que los Pontífices recomendaban a Santo Tomás (“Ite ad Thomas”), jamás prohibieron otras legítimas filosofías. Ni mucho menos.

“El resultado de éste — que alguien podría calificar de lavado de cerebro — fue la uniformidad de pensamiento en el seno del catolicismo: uniformidad que desconocía las adquisiciones del pensamiento moderno; o que si las conocía las combatía por principio.”

Más ponderado, en adelante, el articulista bajo un nuevo epígrafe siguiente, titulado “Consecuencias positivas”, resalta, y es verdad, el embarazo que, de hecho, estaba constituido para la Iglesia: “La posesión de unos Estados colocaba a la Iglesia en el terreno de la política: como los otros Estados requería un Gobierno, unas leyes civiles, un ejército... y unas cárceles”... “Resulta curioso constatar que las zonas más anticlericales de Italia son precisamente aquellas que integran los Estados pontificios.”

Conocemos Italia, y esta peregrina estadística de anticlericalismo no la hemos visto comprobada. Quizá se refiera a Bolonia, antigua Legación pontificia, y hoy, en verdad, muy afectada de comunismo. Sigue luego nuestro escritor ponderando que los cardenales luchaban entre ellos, por representar a sus respectivos países enzarzados en discordias nacionales. Pero esto ocurrió durante el Dominio temporal del Papa, y siguió igualmente después. El triste “chauvinismo” francés, el alemán, etc., afligió igualmente al Clero y al alto Clero de tales Países, que nada enfrenta tanto a los hombres (son palabras del P. Casanovas) como las tristes luchas nacionales. Pero esto, ¿qué tiene que ver con el Poder

temporal del Papa? Un Cardenal francés o alemán que anteponga su pasión chauvinista por su patria temporal olvidando la Patria mejor del Cielo, común a todos, igualmente lo hará en los pasillos de un Vaticano sede de un Papa soberano como en los de un Papa prisionero. Tampoco el derecho de los soberanos católicos al “veto” en los Cánclaves, felizmente suprimido por el Santo Pío X, guarda, propiamente, relación con todo esto. Es una cuestión ajena al tema que nos ocupa. Y que por desgracia da lugar a una salida de tono tan mayúscula y deplorable como la de calificar (sin que veamos tenga relación una cosa con otra) “la elección del Papa de triste memoria Gregorio XVI”. Muy poco conocimiento tiene el articulista de quien fue este ilustre Pontífice, hoy, es verdad, harto olvidado, Papa grande en el empuje misional y ecuménico, bajo el que floreció Wiseman y los cardenales británicos, y se ganó tanto campo en Inglaterra, y tan conspicuo protector de Ciencias, Artes y promotor de museos.

“La corte pontificia. — Pasando a otro aspecto, menos grave, pero no menos espectacular: la existencia de unos Estados exigía la de una corte, con su prestigio, su boato, su lujo. Grandes espectáculos, fiestas... medios que se juzgaban necesarios para afianzar la «fe» del pueblo sencillo. La corte romana no quiso ser superada por ninguna. Basta visitar Roma y admirar los enormes palacios de los Borghese, los Farnese, Colonna, etc., para comprender que los Estados Pontificios no podían ser ningún bien para la Iglesia.”

Si bien es cierto que de las viejas familias que cita, propietarias de palacios, salieron, de sus miembros, Pontífices, no vemos que tiene que ver, tampoco, una cosa con otra. Aparte de que, palacios, todas las familias nobles de todo el mundo los han poseído: baste visitar París y todos los castillos y soberbias posesiones de l’Ile de France, del Loira, por no repetir lo mismo en tantos bellos lugares de Alemania, de Aus-

tria, de Flandes, Inglaterra y Europa toda...

“Una Iglesia más libre. — Así, la pérdida de los Estados, ha repercutido en la configuración de una Iglesia más libre, más evangélica, más madre de todos.”

Gran verdad. Pero,

“Ciertamente que de vez en cuando, rebrotan en los ambientes curiales acciones que nos recuerdan más una «corte» pontificia que una «sede» apostólica: pero no debemos olvidar que una mentalidad que ha gozado más de un milenio para afianzarse no puede ser suprimida por el paso de cien años.”

“Al considerar a distancia, las consecuencias que la pérdida de los Estados ha tenido en la configuración del nuevo rostro de la Iglesia, debemos confesar que aquella entrada de las tropas piemontesas fue algo providencial y que aquélla — tantas veces deplorada pérdida — fue un inmenso bien para la Iglesia... Pero tuvieron que transcurrir casi los cien años antes que una autoridad eclesiástica se atreviera a afirmarlo públicamente. Fue el entonces solo cardenal Montini el que en vísperas de la apertura del Vaticano II, y en su discurso en el Municipio de Roma, reconoció las ventajas de las pérdidas de los Estados”.

“.....”

Nos desconcierta este final, aún cuando no tenga la gravedad de los anteriores párrafos. Pero deseamos puntualizar. En primer lugar, si bien es verdad que, en santa reacción, los católicos de todo el Mundo desde 1870 defendieron, visitaron y homenajearon al “Papa prisionero” (y lo era), no había que ser muy lince para ver que los Papas perdían muy poco el sueño pensando en los perdidos Estados Pontificios. Personalmente, pronto fueron los que hablaban menos de la cuestión. León XIII con su enorme expansión diplomática e internacional. San Pío X, el santo Pontífice de santa intransigencia en las cosas esenciales, parecía andar sobre brasas y rehuir, siempre que podía, la ciertamente em-

barazante Cuestión Romana. Hubo de existir en Roma — éste sí que fue de triste memoria — un famoso Alcalde judío, Nathan, el cual, durante cinco años, consagró su escasa vocación edilicia a molestar con sus "boutades" del más viejo anticlerical y garibaldino, día y noche, al buen Pontífice, para obligarle a reaccionar alguna vez, tal como el que se ve asediado por una nube de mosquitos. Benedicto XV, ocupado santamente en la Guerra, ni pareció recordar existiese una Cuestión romana, tuvo siempre preocupaciones más generosas y altas.

Y vino Pío XI.

Cuyo primer gesto fue el de bendecir, "urbi et orbi" desde el balcón del Vaticano, indicio seguro de que quería "liquidar" la Cuestión; interpretado por todo el mundo así, y cuya referida interpretación ya no fue ni un sólo momento desmentida, por lo menos oficialmente.

Ahora, en el centenario de la pérdida de los Estados Pontificios, parecemos todos haber tenido otra pérdida: la de la memoria, sobre acontecimientos aún recientes, y de otra parte aún tan gratos, que hacen ociosa la conmemoración del referido centenario salvo su interés o curiosidad podríamos llamar históricas.

De todos es bien sabido — y estos días parecemos haberlo olvidado — que el formidable y decidido Papa, el hombre de gobierno quizá de más nervio en la Iglesia en muchos siglos, Pío XI, resolvió de una vez para siempre, en febrero de 1929, la Cuestión Romana por los Tratados de Letrán, devolviendo la paz a las conciencias, y conciliándolo todo a satisfacción de unos y otros. Y de esto hace casi medio siglo; o sea casi la mitad del tiempo transcurrido desde la pérdida de los Estados pontificios. Véase, por tanto, si es indiscreto sacar a relucir ahora una cuestión, promovida cien años ha y resuelta casi cincuenta, y desde cuya feliz resolución no ha existido ya más problema, habiendo el Papa reconocido a Roma como capital del Estado italiano, y habiendo

Italia, tras confesar su expoliación y efectuado una reparación material tan modesta como simbólica — empleada en obras de caridad y de arte —, reconocido también al recinto de la Ciudad del Vaticano como un Estado, pequeñísimo, pero absolutamente libre, como lo hicieron seguidamente todos los Estados y Naciones del mundo, que tienen en la minúscula Ciudad su representante acreditado, igual que si de la mayor potencia se tratase. El Papa, libre soberano.

Con ocasión de los Tratados de Letrán, fue tan abundante cuanto se escribió y dijo, comenzando por los propios discursos del Papa, e intervención benemérita de la familia Pacelli en las negociaciones — principalmente del tío del Papa sucesor Pío XII —, que es infantil ahora con que han sido necesarios 100 años para que, sólo recientemente, una autoridad eclesiástica — en este caso el hasta hace poco Cardenal Montini — reconociese las ventajas providenciales de la desaparición de los Estados Pontificios. ¡Hace cincuenta años que se ha venido diciendo, y por las voces más autorizadas, lo mismo, hasta la saciedad! No hacía ninguna falta esta declaración del cardenal Montini — no tiene nada que ver con que ahora sea nuestro veneradísimo y sin igual, amado Papa Paulo VI —, que en este caso no es más que un comentario, autorizadísimo sí, mas no el único ni mucho menos el primero, para "afirmar" lo que es tan viejo y que todos hemos sabido y gustado respecto a la, hoy ya desde 1929 vieja, Cuestión Romana. Tenemos todos, actualmente, problemas mayores: los tiene la Iglesia, los tiene Italia, y mucho más importantes que una Cuestión ya puramente histórica y tan bellamente superada.

En un libro nuestro publicado hace ya casi cuarenta años, reproducíamos un bellissimo párrafo de la obra del escritor francés, tradicionalista (o por el estilo), Du Plessis, "La Caravane humaine", lleno de fervorosa devoción a la intrépida figura de Pío XI. Refiriéndose a la obra,

ya entonces plenamente ecuménica en sí — pues parece que ahora hemos de descubrir cada día el Mediterráneo —, de los Papas anteriores, y a la solución romana, que precisamente sorprendió a no pocos tradicionalistas, exclama: "Ce qu'ils ont commencé, Pie XI semble avoir hâte de le parfaire. Une pensée, un ardent souci le domine: dégager partout l'Eglise des contingences temporelles, des rivages de Génésareth, et mettre le cap sur le large. Visiblement, Celui qui l'éclaire et l'encourage sait des périls plus ou moins prochains, des nécessités plus ou moins impérieuses de salut et d'apostolat, qui imposent ce coup de barre. Il faut que l'Eglise sorte".

"Elle renonce même aux Sept Collines. Elle ne veut pas qu'on la mêle aux puissances séculières, aux guerres humaines, aux dissensions politiques, aux luttes des partis contre les gouvernements quels qu'ils soient, hostiles ou favorables, bien-faisants ou persécuteurs; aux rivalités économiques, aux discordes sociales, aux alliances, ambitions et bouscoulades des nations, des empires et des races. Ni Orient ni Occident: le genre humain".

AMICUS PLATO SED MAGIS AMICA VERITAS

Como decíamos al comenzar, mucho hemos pensado, y mucho nos ha dolido haber de escribir este artículo.

Tanto, que estimamos deber excusarnos y justificarnos. Permítasenos acabar hablando personalmente en singular.

Tan modesto y desconocido soy yo, quien esto escribe, como abundante: lo que demuestra, precisamente, para mi propia confusión, mi evidente mediocridad de escritor no leído. Y digo abundante, por soy autor, en mi corta vida, aparte de varios libros, de muchos centenares de artículos, pobres, repito, en valor, ricos, sí, en buena voluntad. Y es la primera vez que debo escribir algo con tan grandes reparos hacia

un trabajo originario de un miembro de nuestra venerada Compañía de Jesús, en cuya órbita y servicio, directa o indirecta, he colaborado siempre y casi exclusivamente. De esta Compañía que ha sido mi maestra.

Sírvame de credencial y ejecutoria mi producción citada.

Mi mediocridad, que repito, probada por el hecho de ser escritor no leído de nadie, pese a tanta abundancia, es garantía de una cosa: que ciertamente no puedo pretender, ni pretendo, ser maestro de nadie. Antes al contrario, no soy más que un discípulo. Un discípulo, sí, sediento de maestros, y que no puede sentirse demasiado autorizado a dar lecciones.

* * *

Pero, también como antes he manifestado, un artículo como el que nos ha ocupado, y aparecido en el mayor, en muchos aspectos, rotativo de España, en "La Vanguardia", no podía dejarse pasar.

Digamos como aquel político, en aquella época difícil: "¡No. No es esto!". Esperemos que, lo que pase, es esta temporada de desorientación, que, al entender de no pocos, es la excusa de que ocurran estas cosas. Crea el Padre Borrás y Feliu, crean los Padres Jesuitas, en mi más profundo respeto.

No anhelamos —volvamos a hablar en plural— mas, los siempre fieles colaboradores, sino que, de nuevo, la Compañía de Jesús nos ofrezca — como hemos gustado tanto antaño, y a cuyos pechos nos hemos amamantado — maestros a quienes seguir, y luces que nos iluminen y enseñen de nuevo, para que nosotros, como simples espejos reflectores, seamos, otra vez, sus fieles repetidores, su eco.

Y esto volverá, porque el Brazo de Dios no se acorta.

"Granaderos del Papa" fueron llamados, antaño, los jesuitas. Nosotros — los que sienten como yo — no aspiramos a otra cosa que volver a ser sus asistentes. "Granaderos." Hoy, sin duda, más de uno consi-

derará esta expresión como cursi. ¡Bendita cursilería, hija de la mentalidad que provocara otrora en Francia los héroes de la Vendée, en España los del Dos de Mayo, en el Tirol los de Hofer enfrentados nada menos que contra Napoleón! ¡La que animara a aquellos que, uno contra cien, defendieran a Pío IX en Castelfidardo y Ancona, hoy olvidados ("Si mourir pour son Prince est un illustre sort, mourir pour son Dieu, quelle sera la mort!"), y a los que, en Navarra en 1936, salvaron a España del desastre. ¡Qué delicia, ser llamados cursis, si en alguna forma se nos alinea al lado de aquellos héroes!

La risa de los que esto nos oigan proclamar, no nos conmueve. Nos honra. Pese a nuestra calidad de mediocres escritores, que ignoran las páginas de los grandes rotativos, aún tenemos personalidad.

Y lo que más importa: que sabemos y repetimos muy alto nuestra esperanza.

Que el Brazo de Dios no se ha abreviado.

LUIS CREUS VIDAL

LOS «SAPOS», LA EPOPEYA Y LA OPERETA

La afinidad de un anchísimo sector del público brasileño con la TFP se confirmó una vez más, y con elocuencia, en el transcurso de la actual campaña que nuestros jóvenes y admirables propagandistas están desarrollando en las principales ciudades del país.

La elocuencia, en este caso, es la de los números.

Del victorioso libro de Fábio Vidigal Xavier da Silveira, fueron vendidos en 6 días 3.824 ejemplares (ediciones "Catolicismo" y "Editora Vera Cruz Ltda."). Del artículo que publiqué en la "Folha de São Paulo" titulado "Toda la verdad sobre las

elecciones en Chile" erigido por la TFP en manifiesto de la entidad, fueron distribuidos en igual período, cerca de 220 mil ejemplares sueltos.

No se piense que esos datos resultan de una aceptación automática e inexpresiva. En la calle, la disputa anda animada. En efecto, a los "sapos" ricos, y a los comunistas, no les gustó. La reacción mejor organizada fue la de los "sapos". Con una uniformidad de actitudes espantosa, que hace pensar en una palabra de orden, esos burgueses bien instalados en la vida, pasan por los socios y militantes de la TFP sin verlos ni oírlos. Con los ojos puestos en un incierto lejano, la cara discretamente enfurruñada, el paso rápido, no responden ni siquiera con una señal con la cabeza a la oferta amable del "best seller" de mi amigo Fábio. Y ni abren la mano para aceptar mi ar-

tículo.

La irritación de los "sapos" se explica. Para ellos, la propiedad individual es sólo un estado de hecho, un factor de disfrute, del que se saca partido como de una fruta o de un puro. Y para la TFP, ella es un ideal, un principio moral, un mandamiento de la Ley de Dios, una condición esencial para la ordenación cristiana de las cosas. Y los gozadores — de prestigio, mando, u otros deleites, poco importa — jamás se sentirán a gusto al lado de los que actúan por mero ideal.

Estoy viendo a mucho "sapo" sobresaltarse de cólera: —Entonces, yo, que trabajo de sol a sol por el desarrollo del país, soy un mero gozador? —Despacio, respondo desde ahora a mi objetante. No niego que su trabajo redunde en ventajas para el país. Para que Vd. tenga la liber-

(1) El autor llama "sapos" a los comunistas y socialistas adinerados que usan la máscara progresista o democristiana. El "sapo" sueña con un mundo en el cual esté en vigor la democracia política liberal, juntamente con el férreo socialismo en el campo económico y social. Y postula toda clase de concesiones al comunismo.

tad de desarrollo, para que su empresa no sea transformada en una indolente y enmohecida repartición pública, es por lo que, en buena parte, lucha la TFP.

No deja de ser verdad entretanto, mi querido "sapo", que su trabajo beneficia, al mismo tiempo, a nuestro país... y a su cartera. En lo cual no lo censuro. Pues sería estúpido ver en el lucro individual comedido y legítimo, un detrimento para el bien común. Mas compare su posición legítima y provechosa con el entusiasmo de esos jóvenes de bolsillo roto que luchan por la propiedad... y continúan de bolsillo roto... No es verdad que ellos llevan a cabo una gesta, una epopeya?

Esos jóvenes, que viven sólo para el ideal, fueron tocados por la palabra de Nuestro Señor Jesucristo: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios".

¿Por que el joven colaborador de la TFP piense así, será razón para que Vd. lo excre tanto?

* * *

Mientras los "sapos", los comunistoides de calle y los jóvenes fanatizados por el clero progresista, con mil preguntas, objecionistas y bur-las, intentan interrumpir nuestro trabajo. Alguno que otro, agrede hasta con violencia. Así, un tipo en Porto Alegre —yo diría mejor, un asesino en germen — lanzó contra los nuestros un adoquín del pavimento. Naturalmente, ese "valiente" quedó cobardemente en el anonimato.

Por tanto, la oposición nos viene de los dos extremos. Enfurruñamientos, sarcasmos, maniobristas, pedradas. ¿Y argumentos?

Del lado "sapo", que me conste, sólo uno. Cuando, al pasar, no conseguían no ver ni oír a nuestros militantes, los "sapos" respondían, de modo invariable, con una objeción admirablemente inteligente: "El caso es con Chile; no interesa al Brasil". Como si un incendio en la casa del vecino, o una epidemia en el barrio, no fuese para mí un asunto doméstico.

Los izquierdistoides han presentado otro argumento: el PDC chileno disputó las elecciones con un programa parecido al de Allende. Luego, sus electores son tan marxistas como los del partido de Allende. Y, como los votos sumados de los pedecistas y de los marxistas forman la mayoría, los chilenos son en su mayoría marxistas. Que es exactamente lo contrario de lo que afirmé.

La respuesta es simple. Programas parecidos no son la misma cosa que programas idénticos. Y quien tiene algo de parecido con el marxismo, no puede ser tachado, pura y simplemente de marxista.

Añádase que el programa de partido tiene poca fuerza dominante en las elecciones sudamericanas. ¿Cuál es, por ejemplo, en Brasil, el porcentaje de electores que conoce seriamente el programa del ARENA o del MDB, y los toma en cuenta para la votación?

Sobre todo en materia de voto pedecista, esto es real. La mayoría de los electores que los sacerdotes progresistas encaminan a votar a los candidatos de izquierda, no está formada por mozalbetes y jovencitas de manifestación, sino por buena gente de sacristía que cree ciegamente en lo que el sacerdote dice, y rechaza como infame calumnia la aseveración de que hay sacerdotes comunistas...

Esto, que es evidente, aniquila la alegación de que los electores pedecistas de Tomie y Allende son, todos ellos, marxistas o simpáticos al marxismo.

* * *

Sea como sea, estos hechos prueban que la oposición estuvo activa en las calles. Y que la aceptación del libro y del artículo-manifiesto de la TFP tuvo el significado de una expectativa simpática y de un verdadero interés en conocer la palabra de la TFP.

"Pari passu" de lo que sucede entre nosotros, la campaña de la TFP se va extendiendo victoriosamente por casi toda Iberoamérica.

En Chile, el PDC — fiel de la ba-

lanza en la ratificación de la elección por el Parlamento — declaró que desea entrar en negociaciones con Allende, y no con Alessandri. Lo que no es una negociación, sino una capitulación. Pues quien, incluso antes de ver sus condiciones aceptadas por el marxista, declara que votará en él, no negocia: se entrega.

* * *

Pero, ¿dirá alguien: no venció Allende?

Ya analizamos la inconsistencia de esa victoria. Espanta ver que, dilucidados los hechos por el manifiesto de la TFP ciertos periodistas continúen hablando del "triumfo" de Allende. "Triunfo" de 1 por ciento, ¿es triunfo?

Todavía más, ¿a qué se reduce ese 1 por ciento, si tomamos en cuenta la reciente noticia de que hubo más de 500 mil abstenciones y votos en blanco?

* * *

Un dato sabroso, que también revelan las noticias de esta semana: en los distritos electorales en que se aplicó la reforma agraria de Frei, Allende fue derrotado. O sea, el pueblo lo experimentó y no lo quiso.

* * *

Otro dato curioso: Allende dio a la manifestación conmemorativa de su victoria, no el carácter de un comicio, sino el de una feria de diversiones, con barracas, danzas regionales, etc. Expresión sintomática de su recelo de que un comicio estrictamente partidario e ideológico atraería mucha menos gente. Lo que es revelador de la poca consistencia ideológica de su electorado.

* * *

Y por hoy quedamos en esto, a la espera del papel, o del papelorio, que hará el PDC cuando dé la opción en el Congreso, entre el candidato que "triumfó" con 1 por ciento, y el que fue "derrotado" por ese margen de opereta.

"Folha de São Paulo", del 20-IX-1970.)

PLINIO CORRÊA DE OLIVEIRA

LAS BUENAS AMISTADES

La elección de los amigos es un problema, que interesa a todos, pero de una manera más directa a la juventud de ambos sexos y a los padres de familia, a quienes corresponde vigilar las amistades de sus hijos. En un artículo anterior hablé de los amigos que deben evitarse. Hoy espigando en el campo de la Sagrada Escritura, recogeré algunas orientaciones sobre las buenas amistades que se deben fomentar y sobre los medios de mantenerlas.

Encontrar un amigo bueno y fiel, es una suerte comparable a la del que descubre un tesoro. Entre las cosas laudables, que en los hombres pondera el Sabio, una es el hallar un buen amigo (Ecli 25, 12). *Nada vale tanto como un amigo; su precio es incalculable. Es tal su valor, que no hay tesoro, que se le pueda comparar. No cambies un amigo por dinero* (Ecli 7, 14 ss.).

La finalidad del amigo se muestra en las circunstancias difíciles de la vida. Hay amigos que se ofrecen por tales en el tiempo de la prosperidad, pero te abandonan en la desgracia. *Si tienes un amigo, ponle a prueba, y no te confíes a él fácilmente, porque hay amigos de ocasión, que no son fieles en el día de la tribulación. Hay amigos, que sólo son compañeros de mesa, y no te serán fieles en el día de la tribulación* (Eli 7, 7-10). La verdadera amistad ha de fundarse en un amor intenso y desinteresado, que no desaparezca ante la caída del amigo en la pobreza o en la adversidad. *Sé fiel al amigo en su pobreza. Permanece a su lado en el tiempo de la tribulación* (Ib. 22, 28). Aun entonces no te has de avergonzar de seguir siendo amigo suyo, dispuesto a socorrerle y defenderle. Lo mismo enseñan los Proverbios *El amigo*

ama en todo tiempo; es un hermano en el día de la desventura (17, 17).

Hay que ser prudentes y cautos en la elección de las amistades y antes de confiarte a alguno, has de investigar si por su conducta te ofrece garantías suficientes de persona honrada, que ha de serte fiel. Esta fidelidad es efecto del amor y temor de Dios. *El que teme al Señor, es fiel a la amistad, y como es él fiel, así lo será su amigo* (Ecli 7, 18). De donde se deduce que ante todo hay buscar la amistad entre los hombres temerosos de Dios y observantes de su santa ley.

La Escritura aconseja también la amistad con los que por su edad tienen experiencia de la vida y la de los sabios en las ciencias del espíritu. *Busca la compañía de los ancianos y si hallas algún sabio, allégate a él. Toda conversación acerca de Dios, escúchala con gusto, y no rehúyas las sentencias de la sabiduría. Si ves un hombre discreto, apresúrate a unirte con él, y frecuenten tus pies la escalera de su puerta* (Ecli 9, 35-36). El hombre es generalmente hijo del ambiente que le rodea y termina por hacer suyos los sentimientos y modos de pensar de aquellos, con quienes traba amistad. Lo dijo el autor de los Proverbios: *Ve con los sabios, y te harás sabio; al que a necios se allega, le alcanzará la desdicha* (13, 20).

Si tienes desde tiempos atrás un amigo de conducta irreprochable, no le cambies fácilmente por otro nuevo, ni muestres de él mayor estima que del antiguo. *No abandones al amigo antiguo, que el nuevo no valdrá lo que él. Vino nuevo, el amigo nuevo, cuando envejece es cuando se bebe con placer* (Ecli 9, 14-15).

Hay ocasiones en que la amistad se muestra en la corrección mutua

de los defectos. Si otros hablan comentando algún desliz en la lengua de tu amigo, *habla a tu amigo, no sea que no lo haya dicho, y si lo dijo, que no vuelva a decirlo* (Ecli 19, 14). Lo mismo aconsejó más tarde San Pablo: *Hermanos, en el caso en que uno hubiera sido sorprendido en una falta, vosotros, los espirituales ayudad a su enmienda con espíritu de mansedumbre, mirando cada uno por sí que también puede ser tentado* (Ga 6, 1).

Los Proverbios aconsejan a los hijos cultivar las amistades que tuvieron sus padres o su familia, pues esto indica que se trata de amigos de probada fidelidad. *No dejes al amigo, ni al amigo de tu padre* (27, 10).

El medio más eficaz de adquirir y conservar buenos amigos, es la afabilidad en el trato. *La palabra suave multiplica los amigos, la lengua bien hablada, es rica en afabilidad* (Ecli 6, 5). La palabra suave, dice un comentarista, fluye como el azúcar en el oyente y le penetra con su dulzura, lo llena y conduce al amor.

Para el cristiano hay una amistad que debe cultivar sobre todas las demás la de Cristo, Señor nuestro. El mismo nos invita: *Vosotros seréis mis amigos, si hacéis las cosas que os mando. Ya no os llamo siervos, pero os he llamado amigos, porque os he revelado todo lo que he oído de mi Padre* (Jn 15, 15-16).

Los padres de familia han de inculcar a sus hijos ya desde los tiernos años de la infancia el amor y trato íntimo con Jesús en sus oraciones, como con su mejor amigo. *Jeussisto de mi vida...*

SEVERINO DEL PÁRAMO, S. J.

Profesor de Sagrada Escritura en la
Universidad Pontificia de Comillas